LS
C198
.Yo

Ortega Munilla, José

[Ramón de Campoamor y Campoosorio]

DISCURSOS

LEÍDOS ANTE LA

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

EN LA RECEPCIÓN PÚBLICA DEL SEÑOR

D. JOSÉ ORTEGA MUNILLA

EL DIA 30 DE MARZO DE 1902

MADRID
EST. TIPOGRÁFICO «SUCESORES DE RIVADENEYRA»
IMPRESORES DE LA REAL CASA
Paseo de San Vicente, 20

1902

·Yo

DISCURSOS

LEÍDOS ANTE LA

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

EN LA RECEPCIÓN PÚBLICA DEL SEÑOR

D. JOSÉ ORTEGA MUNILLA

EL DÍA 30 DE MARZO DE 1902

MADRID
EST. TIPOGRÁFICO «SUCESORES DE RIVADENEYRA»
IMPRESORES DE LA REAL CASA
Paseo de San Vicente, 20

1902

319007
8.
27

Digitized by the Internet Archive
in 2011 with funding from
University of Toronto

http://www.archive.org/details/ramndecampoamory00orte

DISCURSO

DEL

SR. D. JOSÉ ORTEGA MUNILLA

Señores Académicos:

Al comparar el grande honor que me habéis hecho otorgándome un puesto en la Academia Española, con la escasez y la insignificancia de mis méritos, no habréis dejado de suponer que el día de hoy había de ser para vosotros de fatiga, y para mí de mortal angustia.

Ciertos estabais de que había de presentarme en esta augusta casa sin el amparo de obras famosas, sin el séquito de estudios extensos y profundos, sin la aureola del renombre y sin los homenajes del juicio ajeno. Ni habrá de sorprenderos que al levantar mi voz, que apenas se atreve á sonar de miedo á no merecer vuestra atención benévola, sean mis palabras pobres, mis conceptos vulgares y mi estilo desmañado. Siempre que tomo la pluma para dirigirme al público acude á mí, antes que la inspiración, el temor; cuando escribo estos párrafos ese temor me agita tanto más, cuanto que estoy cierto de que mi inhabilidad literaria ha de agotar vuestra benevolencia, por grande que ella sea, y nadie como yo sabe que es grande, pues me habéis admitido en vuestra compañía y os habéis congregado para recibirme.

Aumenta mis temores el hecho de que voy á ocupar un sillón donde hasta hace poco se sentaba uno de los más insignes maestros de las letras contemporáneas, el sabio filósofo, el poeta genial, el consumado prosista D. Ramón de

Campoamor y Campoosorio. Siempre y en todo caso habréis de deplorar la ausencia de aquel espíritu superior, cuyo consejo y cuya fama resplandecían con luminosos destellos. Mayor será la pena vuestra al ver que viene á sustituirle un aprendiz desaplicado y sin fortuna en sus intentos literarios.

Para honrar la memoria de Campoamor, para consagrar á su nombre continuado y fervoroso culto, es para lo que, sin duda, llego hoy á esta casa en guisa de heredero oficial del puesto académico que honró el autor sin par de las *Doloras*. Y en este noble empeño, como en el de merecer vuestra estimación, allá irá mi voluntad decidida donde no pueda llegar mi numen escaso.

Cumpliendo obligación ineludible, pongo á prueba hoy vuestra cortesía, y he de procurar ante todo no ser en mi discurso demasiadamente extenso. Porque ¿había de acertar á deciros cosas que no sepáis, siendo igualmente grandes vuestro saber y mi ignorancia, ni á entreteneros con disertaciones dignas de vuestros ingenios preclaros?..... Quisiera, sin embargo, por respeto á la Academia, ofrecerle hoy algo digno de ella, aunque para conseguirlo hubiera de agotar todo el esfuerzo de mi vida y todo el plazo que vuestra condescendencia me otorgara. Pero no son el tiempo ni la voluntad primeras materias en la generación artística, y ya que no deba aspirar á vuestro aplauso, quiero sólo que por ser breves mis palabras tengáis poco que perdonarme.

Son estas páginas que os leo la improvisación de un periodista, que ha de tener un solo mérito, el de proclamar vuestra bondad inagotable. Acabo de llegar de la Redacción de un periódico, donde he pasado la mayor y la mejor parte de mi existencia, y así que acabe esta solemnidad, para mí inolvidable, volveré á ocupar mi puesto humilde y modestísimo entre esa falange laboriosa y esforzada, donde brillan tantos talentos, bajo cuya protección me he criado. Entre el estruendo de los sucesos y bajo la tiránica servidumbre

de la actualidad he consumido mi juventud sin lograr glorias que hoy pudieran otorgarme el derecho de venir aquí envuelto en el pabellón de la Prensa. Otros que antes que yo entraron en la Academia, trajeron, ostentan y mantienen esa representación con indiscutible y preclara autoridad. A ellos y á vosotros, mis maestros de siempre, me confío, esperando de todos disculpa para mis desaciertos.

El asunto en que he de ocupar vuestra atención y mi trabajo impónese por la grandeza de la memoria que acabo de evocar. El acto que hoy celebra la Real Academia Española trae al recuerdo de todos el nombre de aquel maestro, creador de nuevas formas poéticas, audaz y triunfante revolucionario de las artes literarias. No es posible apartar de él el pensamiento. Seguro estoy de que ahora cuantos me escuchan ven dibujarse en sus fantasías la figura paternal y bondadosa de Campoamor. Quién recordará el curso de su noble vida, toda empleada en rendir culto á lo bueno, á lo bello y lo verdadero; quién traerá á la mente anécdotas varias de esa existencia de artista afortunado y de caballero sin tacha; quién las felices frases de su conversación familiar, en que chispeaba el ingenio de continuo; quién verá palpitar en el espacio la legión de personajes creados por el vate: mujeres enamoradas y tristes, hombres de pensamiento y de corazón melancólicos, niños agitados por la curiosidad de lo desconocido; quién sentirá aletear en el ambiente versos y estrofas que, al salir un día del numen del maestro, quedaron para siempre resonantes donde habrán de vibrar con acento tierno y perdurable, en las almas blandas á los afectos, y temblorosas ante la pasión.....

Hay en este ilustre Senado de las letras escritores de fama inmortal que han analizado las obras de Campoamor, dejando marcados con huella profunda los juicios que les merecieron. Y la remembranza de estudios de tan superior mérito que ahora ciertamente surge en la memoria de los que me oyen, acrecienta las dificultades de mi empresa. Ni he de intentar competir con lo que de Campoamor dijeron aque-

llos de quienes he aprendido lo poco que sé, ni he de poder dar eficaz expresión á lo que sintieron y pensaron leyendo á nuestro poeta cuantos han saboreado las *Doloras* y los *Pequeños poemas*.

El espíritu de Campoamor, complicado y contradictorio, resiste todo análisis y se defiende de toda investigación. Por lo común, los críticos que han tratado de penetrar en el fondo de ese temperamento literario no han acertado, ni era fácil, con la clave que podría explicar el misterio, y algunos de ellos han hecho lo que los niños que rompen el juguete automático cuyo mecanismo tratan inútilmente de descubrir. De aquí, sin duda, el que Campoamor haya sido tan discutido y tan censurado, inspirando á veces el enojo y el mal humor de la crítica.

Para unos, Campoamor — y he de referirme ahora sólo al fondo de su obra — ha sido un católico de firme ortodoxia; para otros, un librepensador de la especie más proterva; y es peligroso atreverse á decidir quién tiene razón, sin provocar el odio, ó, á lo menos, la hostilidad de aquellos á quienes se niegue la exactitud en las afirmaciones que sobre el particular hubieren consignado. Además, si yo intentase un estudio que por su desarrollo y por su plan abarcara toda la obra de Campoamor, había de disponer de mucho mayor espacio del que es costumbre emplear en esta clase de discursos, y para ejecutarlo sería necesario examinar, no sólo los libros del insigne académico, sino el estado de la conciencia nacional en el tiempo en que los escribió, empeño, por cierto, para el que carezco de fuerzas. Sólo he de resumir lo más rápidamente que pueda mis impresiones de lector, y ello ha de ser con el desorden que jamás he podido separar de mis pobres escritos, que no han sido otra cosa que la sincera expresión de mis sentimientos y la manifestación franca de mis ideas, sin que ni unos ni otras hayan sabido coordinarse con aquella simetría y en aquella gradación que acreditan á los entendimientos cultivados.

¡Cuán grato me sería poseer las altas dotes que son precisas para escribir el análisis del genio de Campoamor, el

cual, como Quevedo, es grave en sus burlas y risueño al enseñar las más profundas verdades!..... pero aún me sería más grato acertar á recoger y ordenar en forma lógica las ideas y los sentimientos que surgieran de millares de seres de varia condición al deletrear *Los grandes problemas*, *Historia de muchas cartas*, *Los buenos y los sabios*, ó el *Amor de las madres*. ¡Qué hermosa obra de arte puro, exquisito, lucido y tierno realizaría quien supiese resumir en síntesis y condensar en cifra la crítica que de Campoamor han hecho sus lectores no literatos! Para ellos escribió nuestro poeta. Él, tan lleno de ciencia, tan saturado de erudición — de la buena y útil hablo, no de la enfadosa y estéril, — hacía gala de desdeñar la opinión de aquellos á quienes ensoberbece su propio saber y quieren encerrar las ideas ajenas dentro del círculo de las propias. Buscaba sobre todas las cosas, como homenaje á su labor, las lágrimas escapadas de los ojos de una muchacha al terminar la lectura de la dolora *El Gaitero de Gijón;* el movimiento de noble protesta y de santa ira que produce en todo corazón juvenil, no manchado por las depravaciones de la experiencia, la trágica suerte de *Juan Fernández*, la pobre víctima expiatoria de *Los buenos y los sabios;* el relámpago de duda que atraviesa las almas débiles al seguir el conjunto de contradictorios consejos encerrados en *El camino de la dicha.* Campoamor aspiraba en tal grado al deseo y con tan eficaz querer á la atención, al concurso, á la simpatía de ese público lleno de ilusiones cuanto desnudo de ciencia, que dedicó á conseguirlos todo el inmenso poderío de su ingenio. Y de ningún otro escritor puede decirse con tanta verdad que en torno de su bufete, cuando él hacía descansar sobre las cuartillas sus blancas y carnosas manos patriarcales, aleteaban millares de espíritus adolescentes, candorosos unos como la nieve recién caída, agitados los otros por sospechas de malicia, todos llenos de curiosidad y sorpresa. Traíanle de fuera rumores de palabras que nunca se han pronunciado; relatos de pasiones misteriosas que jamás salieron del corazón á que impusieran sacrificio; adivinaciones de lo que nadie vió ni entendió ni supo hasta que lo entendió y

lo vió y lo supo el autor de *Cómo rezan las solteras*. Apenas acababa de salir la nueva composición de la mente del poeta, trascendía á conocimiento del público, y esos espíritus juveniles añadían á los prodigios de la imprenta nuevos medios para difundir lo que Campoamor había escrito. La comunicación de Campoamor con su público era constante, intensa y febril. Lo que sentían y pensaban muchos hombres se reflejaba en la páginas del poeta, y esas páginas no estaban antes grabadas en el libro que en la memoria de los que las acababan de conocer.

El autor de las *Doloras* fué un despertador de espíritus dormidos para el arte, un educador de entendimientos, que sin la obra de nuestro poeta no hubieran alcanzado la dicha de la emoción estética. Es incalculable el número de aquellos á quienes Campoamor ha iniciado en el sentimiento artístico, sacándolos de la masa indocta y elevándolos á esa aristocracia intelectual á que pertenecen los que son dignos de leer un libro de bella literatura.

Para conseguirlo, Campoamor ha puesto al servicio del arte no sólo la inagotable fecundidad de su numen y la ternura singularísima de su alma, sino su maravilloso talento de observador, su razonamiento de filósofo, su estudio de los hechos y de las ideas. La luz interior que alumbra todas aquellas composiciones poéticas dándolas fisonomía especial y propia en la literatura española, nace no sólo de la inspiración del vate, sino del análisis del filósofo, y por esta feliz conjunción de un fondo profundísimo y repleto de ideas y de una forma risueña, donosa y burlona, Campoamor ha obtenido al mismo tiempo el aplauso y la veneración de los doctos y el entusiasmo y el conmovido homenaje de toda especie de lectores. Habían encontrado éstos en las poesías de Campoamor ideas de que hasta entonces no se habían dado cuenta exacta, sentimientos que habían palpitado en sus almas y con cuya expresión no habían acertado, adivinaciones prodigiosas de las causas de sus dolores, fórmulas bellas que en el ritmo fácil y musical del vate les revelaban la ecuación de su vida.

Porque no ha sido Campoamor el poeta cuyo prestigio se limita á hacer sentir el eco de los cantos armoniosos, ni á que surja en la imaginación el cuadro trazado con arte donde se reproduce el espectáculo de la naturaleza. Además de esto y por encima de todo esto ha sido el adivino, el zahorí, el buzo, el que anuncia lo inesperado, el que descubre misterios que están bajo nuestras plantas, el que descorre los velos que ocultan el horizonte; y cuando la lira ha caído de las manos del cantor, y cuando se desvanece en lo lejano el resonar de la vibración, entonces empieza á fermentar en el alma de los que oyeron ó leyeron cuanto hay de emocionante, de sorprendente, de hondo y de sugestivo en aquellas poesías.

Por este efecto de revelación inesperada para el público, alcanzaron las *Doloras* y los *Pequeños poemas* favor tan grande. La perezosa atención de los pocos que en España leen libros de literatura fijóse con admiración y con respeto en la obra del gran maestro. Alentado éste por el estímulo de tantos entusiasmos, llegó á ese punto venturoso de la existencia del artista afortunado en que seguro de las propias fuerzas y habiendo medido el alcance de ellas, deja á su numen volar libre de temores en la expansión dichosa de todas sus creadoras energías. Así, el público actuando sobre el poeta y el poeta actuando sobre el público, se compenetraban y fundían por modo maravilloso, consiguiendo Campoamor el más grande aplauso que es posible obtener en esta tierra de burlones desdeñosos y de fríos indiferentes.

Todo cuanto escribía Campoamor causaba entonces en el público efecto de maravilla. Acaso nunca escritor alguno acertó á sorprender con mayor fortuna el estado de la conciencia social. Viéronse estudiados, analizados y sorprendidos en lo secreto de sus almas los que dudaban y los que creían, los jóvenes y los viejos, los que miran al triste pasado y los que inútilmente escudriñan las nieblas de un negro porvenir, los hombres á quienes afligen las incertidumbres de la débil razón y las mujeres trémulas de continuo ante la dramática perspectiva de sus ilusiones sentimentales.

Fundó todo su sistema literario en la idea, en el sentimiento, en el nervio de la composición. Asombra el pensar que ni una sola de las obras poéticas de Campoamor, aun las más breves y las de forma más exigua, deja de contener rico caudal de ideas, de observaciones, de juicios y de sentimientos. Cuando se compara una *Dolora*, que cabe en media cuartilla, con alguno de los interminables poemas de la decadencia literaria, se abisma la mente en la contemplación de la diferencia. Aquellos millares de versos recuerdan las estepas castellanas, que no dan de sí una flor ni un árbol; estas obras brevísimas de nuestro poeta, resplandecientes de luz espiritual, jugosas, vivas y palpitantes, traen á la mente los pensiles granadinos, y las lozanas y misteriosas huertas de la sierra de Córdoba.

Escribió Campoamor la mayor parte de su obra en un período de revolución, de guerras civiles y de violentos trastornos nacionales. No eran aquellos momentos los más á propósito para que el hogar del ciudadano, turbado por el estruendo de la vía pública, abriera sus puertas al arte. A todos preocupaba el problema de la existencia ó el recuerdo de desdichas sufridas. Sin embargo, Campoamor se hizo oir y se hizo amar como poeta de la razón y del sentimiento en la enlutada y triste casa española. Los angustiados por el propio dolor, consolaron ó excitaron sus penas asistiendo en las *Doloras* y en los *Pequeños poemas* á la dura lucha entre lo que es y lo que debe ser que inspiró de continuo la obra del gran escritor. La protesta que contra el orden de cosas imperante—no el político, sino el social—levantan los ánimos indignados, encontró en las inspiraciones de nuestro preclaro amigo fórmulas de brava energía, argumentos de duro sarcasmo que satisfacían la ira producida por el cansancio de una raza que se agota en una lucha estéril. Y Campoamor entró en el hogar con sus poesías, y los ancianos, escarmentados, y los mancebos, henchidos de esperanzas, sintieron no sólo admiración, sino simpatía y aun amor acendrado hacia aquel hombre lleno de experiencia y ternura que, sonriendo, enseñaba amargas lecciones.

Prescindió Campoamor de las rimas sabias y opulentas de la métrica clásica, no sin haber probado en sus mocedades que las conocía y dominaba. Hízose por esto, sin duda, más asequible á todos. No vistió su musa con el antiguo ropaje de recias estofas, bordadas con pesados golpes de oro y plata, sino que la adornó con la graciosa sencillez con que se pergeñan las hijas del pueblo encantadoras y gratas para quien las mira, ya se encubran con el recato de la honestidad, ya aderecen su belleza con picaresca y desenvuelta malicia. A través de la forma sencilla y fácil que la antigua Retórica estimaría descuidada, surge el encanto misterioso del genio de Campoamor como hierve y burbujea en la límpida y tersa superficie de las aguas el gas que se engendra en los ocultos manantiales.

Triunfo grande el de Campoamor: hablando el lenguaje de los humildes se ha hecho respetar de los fuertes, expresándose en el vocabulario de los pobres de espíritu, se ha impuesto á los magnates del entendimiento, desdeñando las formas opulentas de la poética clásica se ha enseñoreado de la poesía, y ha engastado la frase sublime, sintética y vibrante, en el sencillo estilo en que se expresan los hombres á quienes no ha perturbado el natural sentido estético el abuso de la Retórica.

Esa ha sido la fuerza de Campoamor; por eso ha logrado romper el muro de hielo que separaba á la forma poética de las ideas ambientes. A través del boquete abierto en la vieja muralla por un explosivo revolucionario, han entrado con tumultuoso ímpetu en la conciencia nacional ideas y sentimientos que han determinado el conjunto de una nueva literatura.

Si llega el día, y hay que procurar que no tarde mucho, en que la admiración pública levante á Campoamor un monumento, imagino yó que acertará el escultor que represente al maestro sentado en su poltrona en la actitud de familiar abandono que le era propia, sobre pedestal que apenas obligue á levantar la vista para contemplar la cabeza grande, noble y tierna del que fué constante amigo de los que su-

fren; de modo que esté rodeado de la muchedumbre, cerca de ella, como estuvieron su talento de observador y su inspiración de poeta al lado de los hombres para estudiarlos en sus luchas y para animarlos en sus desfallecimientos. Y habrá de colocarse esa estatua en el centro de extensa plaza de algún jardín para que vayan á buscarla, á contemplarla y á darla reverencia las nuevas generaciones, los niños y los jóvenes, las almas enamoradas de lo ideal, rindiéndole culto en el templo de la naturaleza, entre misteriosas arboledas y bajo la luz celestial.

Represéntaseme la figura de Campoamor en este momento en que mi afecto la evoca, en su gabinete de la Plaza de las Cortes, en que vivió durante muchos años, rodeado de jóvenes escritores, acogiendo con paciente simpatía las consultas, no siempre discretas, de aquellos principiantes, muchos de los cuales fueron olvidados antes que conocidos, jovial y afable hasta el extremo de hacerse querer tanto como se hacía admirar, hablando su obra prodigiosa con la sencillez y con la indiferencia que podrían corresponder al caso de que él no fuese el creador de *Doloras* y *Pequeños poemas*, sino que los paquetitos de cuartillas que los contenían cayesen de lo alto como dón divino de ingenio y de arte. Eran aquellos días de universal y no discutida gloria para el artista, había llegado el período de madurez de una existencia ocupada en estudios incesantes y en labor fertilísima y la alegría del triunfo irradiaba en la serena y majestuosa frente. Vedle: en torno de él se desarrolla la dilatada é hirviente espiral en que se mueven, palpitan y vuelan *Torralba*, el hereje conquense y *Muliércula*, la torralbesa; *Constanza*, moribunda más por el desengaño de amor que por la tísis; *Isabel*, la novia inocente cuyos sentidos se estremecen

Al ver la golondrina que cubría
en forma de abanico á sus hijuelos,
y al padre que en el pico les traía
pan de la tierra y besos de los cielos;

el *Cura del Pilar de la Oradada* y *Teodora*, su hija de confesión, que siembra de zozobras y de espinas el venerable y tranquilo vivir del padre de almas; *Marcela* y *Jorge*, los esposos infelices á quienes aniquilan la calumnia y los celos; *Jacinta*, que mezcla las alegrías epitalámicas con el duelo del pajarillo abandonado; *Dorotea*, que espera sin cesar la carta que Justo no escribe nunca; *María*, la viuda sin pan y sin consuelo que vende su anillo de bodas para dar de comer á su hija, y por la duda en hacerlo llega el sacrificio de sus recuerdos después que la muerte; la horrenda familia donde hay un *sabio* sin ciencia, un *bueno* sin límites, unos padres llenos de miserables vanidades, y tras ellos va el coro del egoísmo humano, sin más excepción que la del viejo guerrillero que, habiendo visto la muerte cercana en los campos de batalla, prefiere la abnegación al saber y desprecia los oropeles sociales, porque ha averiguado que revolviendo el muladar se suele tropezar con entorchados y veneras.....; y siguen *sor Florentina* y *sor María Carmela*, que nos narran los amores de una santa, y *D.ª Isabel de Portugal* y el *Marqués de Lombay*, que nos refieren los devaneos culpables de una reina y el arrepentimiento que convirtiera al cortesano lleno de liviandades en San Francisco de Borja; *Clara*, la que rompe el guitarrillo de *Ginés* y con el guitarrillo el alma, frágil ánfora henchida de ilusiones; *Roque*, *el leproso*, el que salvó á *Carlos V* del furor de un villano placentino; *Don Juan*, en medio de su harén de *Catalinas*, *Fannys*, *Julias*, *Margaritas* y *Luisas*, envenenando el ambiente con el perfume de un amor infernal, y *Alicia* y *Rebeca*, enseñando con sus juguetes infantiles todo un curso de filosofía....., y tantas y tantas figuras más que, oriundas del país de la fantasía, fueron á vivir vida imperecedera en la memoria de las gentes....., pasan ante nosotros envueltas en el ritmo sonoro de la canción. Y la agitada y brillante espiral se interrumpe un momento, como á veces en los altos cielos la ondulante línea de aves emigradoras cuando el viento deforma el perfil gracioso de su itinerario; y se interrumpe en mi mente la enumeración al pensar que todas

estas creaciones de la gallarda invención campoamoriana que voy citando producen ciertamente en vuestra memoria la impresión que causa el encuentro con personas que inspiraran afecto ó curiosidad. Cada una de estas geniales figuras merece un análisis como el que el novelista dedica á sus personajes. No cabe ese trabajo en la modesta recordación que voy haciendo, pero no es ésta en mis labios la fría lectura de un censo de población, sino que á cada nombre acompaño en el pensamiento mudo homenaje de admiración y de gratitud, admiración al padre de tanta bella criatura espiritual, por la feliz y generosa fertilidad de tal génesis, y gratitud por el deleitoso júbilo que todas ellas despertaron en mi alma, ... como el devoto transido de emoción religiosa que al recitar las invocaciones de la letanía pone en cada una de ellas toda la efusión de su fe.

Campoamor nació el mismo año que Zorrilla; año fecundo para las artes hispanas, en que parece que quiso la raza asegurarse espléndida cosecha de flores, en compensación, acaso, de la esterilidad de que era víctima en engendrar caudillos que llevaran al pueblo á la victoria y estadistas que le asegurasen el honor y el bienestar. El año 1817 merece sólo por esto ser inscrito en cifras de oro en el muro agrietado de la historia nacional. No son frecuentes estas coincidencias, y, por no serlo, causan impresión en quien las halla al recordar datos biográficos de los grandes hombres.

Al examinar en conjunto la obra del autor de las *Doloras* y la del autor de las *Leyendas*, puede comprobarse el acierto con que Campoamor se juzgó, calificó y clasificó en la literatura, sabiendo adivinar desde el primer momento el lugar que los designios de la Providencia le tenían reservado. Desde los trece á los veintitrés años, por espontánea y reflexiva manifestación de su temperamento, escribió *Ternezas y flores* y *Ayes del alma*, poesías de delicada inocencia, con que se divertía el vate en ensayar el sonido de las cuerdas

de su harpa. No eran estas poesías sino imitación y reflejo del entusiasmo que le inspiraba la lectura de los maestros clásicos y de los poetas de su tiempo. La tersa y limpia forma, la correcta y purísima sintaxis, el culto rendido con docilidad de alumno estudioso á los preceptos horacianos, no hacen sospechar en el autor de aquellas colecciones de versos al creador de los *Pequeños poemas*. Más bien se anuncia en *Ayes del alma* y en *Ternezas y flores* un inocente y triste rimador, un ruiseñor del bosque clásico destinado por Dios á saludar con sus gorjeos los espectáculos bellos de la naturaleza.

Pero de improviso el genio de Campoamor rompe las ligaduras que lo ataban, vuela por encima de la floresta en que intentó sus primeros cantos, ve desde alto, se percata de lo lejano y elige rumbo para su vuelo. «Mis primeros versos—escribe Campoamor,—que dicen que son muy frescos, á mí me parecen tan tímidos como los de todos aquellos á quienes dan una educación clásica y que en consecuencia les obliga á ir pisando los talones de los Horacios de todas las literaturas.....»

Andando los años Campoamor se negaba á permitir la reimpresión de estas poesías, y no es extraño. No porque sean malas, sino porque van fuera del camino que con inflexible energía y con clarísima adivinación se había trazado el poeta, cuando aún era muy joven. «Si es verdad, como dice Espinosa—añade Campoamor—que Dios, la substancia infinita, se divide en pensamiento y extensión, desde la aparición de mis primeras composiciones comprendí que no tenía más remedio que refugiarme en la región del pensamiento, pues un gran poeta, el Sr. Zorrilla, ocupaba á la sazón hasta el último recodo del atributo de la extensión. Viendo la totalidad de la naturaleza externa abarcada por la mente objetiva de este bardo divino, no tuve más remedio que refugiarme en el campo de mis impresiones subjetivas, íntimas, completamente personales. De la elaboración interna de mis propias impresiones nacieron esas composiciones que por una razón que tengo derecho á reservar, porque

ni es literaria ni política, publiqué con el nombre de *Doloras.*»

De tal manera Campoamor y Zorrilla, éste por impulso natural de su inspiración, aquél por reflexiva y crítica función de su entendimiento, fueron á ocupar los dos polos del mundo poético. Cantó aquél las hermosuras de la tierra, los grandes rasgos de la historia. Analizó éste lo que pasaba dentro del alma y buscó el origen de las pasiones, y descubrió misteriosas luchas entre la sensación y la idea, entre la razón y el instinto. Admirable y sorprendente orientación de los rumbos de dos ingenios, marcada en los comienzos de dos carreras gloriosas, cuando ninguno de los dos grandes escritores podía saber dónde iba á llegar en el desarrollo y consecución de sus difíciles empresas. Acaso no haya vuelto á ocurrir suceso tal en la historia de las literaturas.

Apenas comenzada, pues, la vida de las letras, Campoamor sintetizó, condensó y expuso su sistema poético en una clarísima y evidente fórmula que permite desde luego apreciarlo en conjunto. Enclaustrado en su propio pensamiento, habiendo tapiado las ventanas que podían dejarle ver el horizonte exterior, parece huir de cuanto sea descripción de lugares. Sólo en dos de sus *Pequeños poemas*, *El tren expreso* y *El amor y el río piedra*, se goza en pintar el paisaje que atraviesan los héroes por él creados. Hácelo con maravillosa fuerza de expresión, con vivísimas coloraciones, con claro y fino diseño, mezclando con su pincel lo visto y lo pensado, amasando en la paleta el espectáculo con la impresión que produce en los personajes inventados y en el lector. Aun en estos alardes descriptivos, maravillosos en verdad, no quiere olvidarse de la promesa que se ha hecho, y ya que describe el panorama de la naturaleza lo ejecuta proyectando sobre valles y colinas el foco luminoso de su propio espíritu. Resulta, pues, el sistema poético de Campoamor completo, integrándose sus diversas partes en un conjunto armónico, dentro del que caben todas sus inspiraciones. Cuando publicó las *Humoradas*, la última creación del poeta, explicó el concepto que tenía de su obra en sus

diversos momentos y fórmas, en una carta memorable dirigida al sabio académico Sr. Menéndez y Pelayo. «¿Qué es *humorada*?— decía — un rasgo intencionado. ¿Y *dolora*? Una humorada convertida en drama. ¿Y *Pequeño poema*? Una *dolora* amplificada. De todo esto se deduce— concluye afirmando—que mi modo de pensar será malo; pero no se me podrá negar que, por lo menos, es lógico.»

Motivo de viva controversia fueron las dos epopeyas de Campoamor, *Colón* y *El drama universal.*

En autor de inferiores méritos la crítica habría de detenerse considerablemente á examinar con análisis minucioso estas dos obras de grandes alientos, de elevadas y amplias inspiraciones. Bastarían para otorgar renombre universal á un poeta. Pero como es inevitable la comparación entre las diversas partes y entre los distintos momentos de la obra del artista, el acierto supremo de las *Doloras* y de los *Pequeños poemas* ha dejado en la sombra aquellas dos grandes creaciones.

Colón es un símbolo de la humanidad y se mezclan en sus estrofas el relato de las aventuras del esforzado nauta genovés con el de las dudas y zozobras de la humanidad navegando por el océano de la vida. El canto XVI, que se titula *Juicios del mundo*, tiene una grandeza dantesca. Aun en los momentos en que parece disminuir la tensión creadora, ofrece este poema rasgos geniales. Preciso será reconocer, sin embargo, que no despierta su lectura el anhelo que las demás obras de nuestro autor, pero acaso este fenómeno no obedezca á la mayor ó menor perfección del poema en tanto grado como al estado de los espíritus. Había ya pasado el tiempo de la epopeya y se avecinaba honda crisis del pensamiento. Estas gigantescas pinturas murales necesitan para ser contempladas la total y serena atención de un pueblo cuya alma esté libre de los febriles cuidados que causa un vivir intranquilo y tormentoso.

Semejante consideración cabe hacer respecto á *El drama*

universal, la más extensa obra poética de Campoamor, compuesta con sumo arte, pensada con sabio acierto, inspirada en los estudios filosóficos del poeta, atrevida en alto grado, novísima en el fondo y en la forma. No pocos de los cantos de *El drama universal* son el esbozo de lo que, andando los años, serían los *Pequeños poemas*. Esta forma del numen campoamoriano, aún no definida ni elaborada totalmente entonces, surge, por ejemplo, en las inspiradísimas narraciones de *Pancho el Indiano*, de *Inés de Rivera*, del *Ventero de Daimiel*, de *Blanca de Armendara* y de *María de Bethania*, episodios incidentales que devoran el pensamiento general del poema.

Alguien ha visto en *El drama universal* influencias indudables de Dante, de Víctor Hugo y aun de Espronceda. Acaso sea cierta esta observación, pero sólo se ve tal influencia como reflejo lejano que se proyecta sobre el grande y amplio asunto que Campoamor arrancó de su propia mente por virtud de un esfuerzo laborioso y duro en que se advierte demasiado la fatiga.

Honorio, *Palaciano*, *Soledad* y *Jesús el mago* son puras abstracciones que en su palidez vaga é indecisa no acertamos á entender fácilmente los hombres impresionables que vivimos bajo este espléndido cielo latino, envueltos en la luz vivísima meridional, acostumbrados á verlo todo claro desde el primer momento y á no tomarnos el trabajo de descubrir lo que se nos aparece borroso y difícil de conocer. Por ser éste el genio de la raza, los personajes de los cuadros de Velázquez saltan del lienzo cuando la mirada los requiere, y las apariciones angélicas de Murillo tienen toda la realidad de cosas vistas materialmente.

Así que los personajes del *Drama universal*, en sus viajes á través de las esferas y en sus diversas transmigraciones, sacrificios, muertes y mudanzas, no nos interesan lo bastante para desear que *Honorio* se salve de la eterna perdición. Recibimos la noticia de que por fin se salva como si tal cosa. Compárese este desdén cruel con el interés familiar que nos inspira *Ginés Briones*, el de *La lira rota* ó *Juan Fernández*,

el de *Los buenos y los sabios*, y se habrá encontrado en la diferencia todo un curso de ciencia literaria.

Diríase que Campoamor escribió *Colón* y *El drama universal*, cumpliendo un deber que él mismo se había impuesto más que en obediencia á la exigente voz de la inspiración artística. Tal vez estimara que estos dos poemas grandes, de asunto hondo, poco asequible al sentido ético del pueblo, eran necesarios á su gloria de poeta; y en verdad que la realzan y avaloran bien que no la sustenten ni la proclamen.

Lo cierto es que, cansado, sin duda, Campoamor del esfuerzo que para su numen suponía la abstracción, se lanzó, con ansias de enamorado sobre la realidad visible, tangible, ardiente y palpitante, y por reproducirla y copiarla con cálido fervor, dió á los *Pequeños poemas* ese intenso y profundísimo interés que experimentamos todos al recordarlos ó al leerlos. Parece que por huir de las pasadas vaguedades y de las frías abstracciones de los poemas grandes ó, para hablar propiamente, extensos, al componer *El licenciado Torralba*, Campoamor vertió el líquido metal de sus personajes fantásticos en moldes humanos, logrando que todas aquellas invenciones ultraposibles se acomodasen á la condición de los sucesos reales.

En *Poética*, ese libro incomparable que es la fotografía del espíritu de Campoamor, se comprueban estas observaciones que arrancan del examen de su obra. «La gran dificultad del arte—dice—consiste en hacer perceptible un orden de ideas abstractas bajo símbolos tangibles y animados. El arte es enemigo de abstracciones, lo que se impersonaliza se evapora.»

Escribió Campoamor su primera *dolora* el año 1840, y se titula *Cosas de la edad*. En ella se encuentra contenido de un modo completo y acabado el concepto de estas composiciones que su creador definía mucho tiempo después, cuando decía que la *dolora*, drama tomado directamente de la vida, sin las metáforas y los simbolismos de una poesía indirecta le parecía un procedimiento artístico de grande eficacia para

expresar los mudables estados de la conciencia. Es, en efecto, la *dolora*, como dijo Alarcón, «un drama en veinte versos», drama en el que, según añade nuestro poeta, «se resuelve por medio del sentimiento ó de la idea un problema universal».

No tienen las *Doloras* una determinación propia en cuanto á la forma externa; tiénenla, indudablemente, por su fondo, por su contenido. «El asunto de las *Doloras*—consigna el poeta—hay que sacarlo de esos cuadros artísticos que se presentan lo mismo en el orden físico que en el moral, y que, según los casos, se llaman contrastes de la vida, burlas de la suerte, castigos de la Providencia ó ironías del destino.»

De ahí su sabor amargo y el eco de tristeza, cuando no de indignación que hacen sonar en el alma.

Era natural é inevitable que la *dolora* entrase de lleno, por completo y rapidísimamente, en el amor y en la admiración del público. Su versificación fácil, de una sencillez inverosímil, de una ligereza, de una trasparencia y de una agilidad que recuerda los arroyos de agua purísima que fluyen de lo alto de las sierras coronadas de ventisqueros, no contiene sino los elementos retóricos indispensables para que el pensamiento sea inteligible y produzca todo su efecto en el ánimo del lector. No hay símil que pueda expresar adónde llegan la ligereza, la diafanidad del estilo poético de Campoamor. Las ideas surgen del alma del poeta vestidas con el ropaje que les es preciso, y algunas no vestidas completamente; y el gracioso desgaire en que tal vez aparecen, las hace más seductoras. Como esos capullos de rosa que en los radiantes días de Mayo estallan en explosiones de aroma y de color rasgando la cárcel del cáliz, así la poesía campoamoriana se extravasa y sale fuera de los moldes de la métrica sabia. Por eso ha sido lícito á Campoamor decir, sin que su afirmación fuese demasía del deseo ni alarde de inmodestia, que podía escribir en verso lo que quisiera y como quisiese. En efecto: el autor de las *Doloras* y de los *Pequeños poemas* dice las cosas como quiere, gradúa los matices de la intención á medida de su deseo y no halla obstáculo ni difi-

cultad en expresar cuanto se le ocurre. La rima es en él gigantesca y vibrante vela que lleva la nave por donde el timón indica: no es, cual en otros poetas, calabrote que sujeta entre peñas al navegante.

Y aun más se simplifica, se diafaniza y se aligera la forma en los *Pequeños poemas*. «Si en las *Doloras*—escribe Campoamor—el fondo lo es todo sin que la forma entre en ellas como elemento esencial, al escribir los *Pequeños poemas*, donde la forma tiene que ser amplia, fácil y natural, me vi en la necesidad de proscribir el antiguo lenguaje poético.» Pero conviene advertir que esta proscripción no ha sido dictada por el vanidoso afán de diferenciarse de los otros poetas, sino que ha sido efecto lógico de los asuntos tratados y de la filosofía que los inspira. Un crítico de gran clarividencia, cuya muerte prematura lloran las letras, Leopoldo Alas, al estudiar los *Pequeños poemas* compara á Campoamor con Juan Pablo Richter, que, en su amor á las cosas pequeñas de la vida, ha ennoblecido sentimientos, escenas y seres que antes parecían privados del derecho á ocupar la inspiración del artista. No sé si en otros aspectos será más grande la diferencia que la semejanza entre el poeta de Navia y Juan Pablo, pero en esto sí que se parecen. Los *Pequeños poemas* y las *Doloras* tienen por asunto casi siempre sujetos y objetos de los que antes eran desdeñados de los cultivadores de la bella literatura. Para corresponder con la materia tratada, nuestro autor encontró la más adecuada forma posible en su estilo plegadizo al detalle de la descripción, fácilmente acomodable á los imprevistos incidentes del relato.

Y ¿cuál es el asunto de los *Pequeños poemas*? Con escasas excepciones, y aun éstas discutibles, el amor. ¿Qué otro asunto había de elegir el poeta proponiéndose llevar á sus páginas la síntesis de la existencia humana y dedicar la mejor parte de su obra á descubrir, revelar y analizar el secreto de la mujer?

Nadie ha llegado á lo que Campoamor en este sondeo maravilloso del alma femenina. Si me fuera lícito dilatar el espacio de este discurso, citaría ahora versos tomados aquí y

allá en las obras del insigne vate, que constituyen en su conjunto la revelación de las ansias, de las pasiones, de las tristezas y los júbilos de la mujer en sus diversas edades, en sus distintas situaciones, esposa y madre, niña y anciana, detrás de la reja donde habla con su amante, y al lado de la cuna en que agoniza su hijo. Con ternura apasionada sigue el poeta el vario y caprichoso volar del espíritu femenino, y nos interesa y nos conmueve con las cosas inesperadas que de él nos cuenta.

Los retratos de mujer que ha trazado Campoamor componen una galería espléndida y luminosa. ¡Cuánto diera por reproducir aquí algunas de esas figuras interesantes dibujadas con lápiz sabio y riente, que en ligero trazo evidencia las íntimas profundidades del alma! Véase como ejemplo lo que dice de *Isabel*, la protagonista del pequeño poema *La novia y el nido:*

Isabel, que era un ángel que pasaba
en leer y rezar horas enteras
cual si fuese educada en un convento,
al florecer sus quince primaveras
ni una hoja en su noble pensamiento
á su corona virginal faltaba;
y aunque va á ser esposa
cuando del mal de amor nada recela,
tomando el novio que escogió su abuela
estaba decidida á ser dichosa;
y ajena á tentaciones y deseos
con respecto á casados y casadas,
sólo sabe haber visto en los paseos
las vides con los olmos enlazadas;
pues era para ella un casamiento
reducir á verdad un sueño hermoso,
ser más querida, realizar un cuento,
y hacer un viaje al Rhin con un esposo.

¿Habéis visto en qué ingeniosa síntesis condensa el poeta el alma de una novia inocente y dichosa que no sabe lo que es amor? Pues ved cómo narra el triste morir de una mujer infortunada, cuando nos habla de *Dorotea*, que se pasó

la vida esperando una carta de un hombre ingrato é indiferente:

Hasta que al fin un día, un triste día,
la cabeza inclinando,
que una gorra de encajes envolvía
sujeta por debajo de la barba,
se oye un tartamudeo de agonía;
con los dedos las sábanas escarba;
distribuye unos éxtasis mirando;
se cubre de una sombra su semblante,
y en su lucha tenaz de agonizante
vuelve á caer, y á alzarse y titubea;
una oleada de frío serpentea,
y hundiéndose de pronto su martirio
en la inmersión de un celestial delirio,
en el último instante de su vida
ve en un fondo de luz desconocida,
lo que al morir, como al vivir, desea,
y es una carta, en su ilusión fingida,
en cuyo sobre dice: «A Dorotea.»

Un rasgo, una frase, unas cuantas palabras bastan á Campoamor para que se destaque el perfil del personaje que creó. Imposible es que jamás se haya diseñado con tan gracioso arte la cabeza de una niña apenas adolescente, como en estos versos encantadores:

Sus pestañas llevaban
el pudor y la sombra cobijados,
y, con serena majestad, sombreaban
sus ojos por modestia algo asustados;
y como en torno de ella se sentía
la seducción que viene desde adentro,
donde quiera que estaba, ella era el centro
de un grande remolino de alegría.

Y contemplad ahora este medallón pintado con picaresca malicia. *Petra* teme que *Pablo*, su novio, la olvide, y pasa revista á las mujeres que pueden haberle arrebatado aquel amor.

¿Habrá visto á Paulina,
la púdica sobrina

del deán de Sigüenza?
Quiso ser monja ayer, y hoy, por lo visto,
ya á preferir comienza
la milicia del rey á la de Cristo.
Tiene, además de un rostro peregrino,
un pelo de oro fino,
y cuando Dios reparte
á una mujer ese color divino
le hace un ser doblemente femenino.
¡Ay del que va en el mundo á alguna parte
y se encuentra una rubia en el camino!.....

¡Qué maravillosa habilidad para pintar el rostro y el alma! ¡Qué prodigiosa adivinación, y qué arte tan feliz, tan eficaz y tan completo!

Habría de ocupar páginas y páginas reproduciendo estos preciosos retratos en que se acredita la maestría de Campoamor por nadie superada. Pero á bien que, si el espacio me falta, vuestra memoria lo suple, porque me hallo cierto de que recordáis con grata emoción las mujeres del Olimpo campoamoriano, flores inmarcesibles del arte español, radiantes estrellas de la poesía contemporánea.

Y ¿cuál es el fondo de las poesías de Campoamor? No ha faltado quien diga que un frío escepticismo helaba la obra del artista. Han pensado otros, ó lo han escrito por lo menos, que un materialismo grosero era la clave general á que se ajustaban *Doloras* y *Pequeños poemas*. Pero los que una y otra cosa han afirmado demuestran no haber leído ó no haber querido entender la obra del maestro. Para juzgar con absoluto conocimiento de causa de lo que Campoamor creía no hay para qué andarse rebuscando entre sus versos afirmaciones contradictorias, porque éste sería el camino que eligiera quien tratase con desleal crítica de hallar pruebas de un juicio anticipado y maligno. Habiendo escrito Campoamor *El personalismo* y *Lo absoluto*, ¿para qué ir á investigar en otra parte el fondo de su pensamiento?

Fácil tarea la del crítico de intención aviesa que recogiera

en ramillete las ideas contradictorias que surgen como flores de brava y lozana vegetación en el jardín del poeta. Sólo conseguiría realzar más y más el genio de éste probando con ello su fertilidad y su magnificencia. Aislar, como ya hizo, bien que con santa intención de homenaje, un admirador de Campoamor, los pensamientos brillantes, las frases de inopinada novedad, los rasgos de dichosa fantasía de nuestro autor, no es sino destacar y ofrecer á la admiración pública piedras preciosas de las que pródigamente derramó el artista haciendo de su obra fúlgido mosaico.

Espíritus timoratos, inteligencias perezosas y voluntades torcidas han tratado de convencernos de que Campoamor había, con habilidad hipócrita, deslizado bajo formas de aparente respeto á la Religión católica conceptos de absoluta impiedad; y el mismo Campoamor lo refiere cuando dice que la última vez que estuvo en su país natal, un cierto cacique, á propósito de las primeras *Doloras*, ejerciendo un magisterio oficioso y desleal, hizo creer á los que sabían que el ilustre asturiano se había educado en el santo temor de Dios, que el poeta gloria de Navia era un verdadero escéptico. «Dando á esta palabra un sentido que no tiene—añade Campoamor,—algunas personas que habían sido el amor, la alegría de mi infancia, me recibieron con esa frialdad con que hasta las almas piadosas suelen mirar á los tildados de un poco réprobos. ¡Escépticas algunas doloras! Tal vez; pero esto ¿quién lo dice? Lo dicen precisamente esos pesimistas por ignorancia que, castrando la naturaleza, quisieran convertir la castidad absoluta en una virtud que desterrase la maldita raza humana de la maldecida haz de la tierra. Si algunas *doloras* resultan escépticas, otras adolecen hasta de un exceso de credibilidad.»

Resumiendo Campoamor su modo de ver esta contradicción, escribe luego:

«Un lírico, sin ser ilógico, puede ser escéptico en horas de desaliento y optimista en sus momentos de esperanza.»

Esta explicación no satisfará sin duda á los que creen que el pensamiento humano es un monolito rectilíneo; pero los

que tal juzguen se alejarán de la realidad de nuestra naturaleza. Somos varios en el pensar y en el sentir, porque nuestra razón trabaja á la luz de nuestra fantasía y el espectáculo de la realidad nos llena y nos domina. Sólo los cortos de entendimiento, como ven poco, no ven lo bastante para dudar de la senda que han de elegir.

Campoamor, desde la altura genial en que se hallaba su mente, descubría en toda su extensión el agitado y siniestro campo en que se lucha por la existencia. Cuando veía caer á un sér inocente, le exhortaba para que se irguiera y continuase su camino, y cuando asistía al triunfo del crimen, apostrofaba con violencia por ver si no se consumaba la iniquidad. La tempestad que en un alma justa, sana y grande, como la de Campoamor, determina el espectáculo de la virtud ultrajada, de la debilidad indefensa y de la maldad victoriosa, es, sin duda, violentísima y terrible; no es extraño que las espumas en que las aguas rompen al chocar con la piedra inconmovible lleguen á lo alto..... Pero luego caen en blanda y suave lluvia con la dulzura de la oración con que los corazones buenos y humildes piden al Hacedor de todas las cosas que se digne sonreir alguna vez sobre este valle de lágrimas.

Decía antes que para investigar el pensamiento de Campoamor no había sino acudir á la purísima fuente de sus estudios filosóficos. Á los que se han obstinado y aún se obstinan en sostener que Campoamor fué un constante enemigo de la fe, será preciso recordarles que nuestro autor escribió *Lo absoluto* y no pocas páginas de *El personalismo* para defender la Religión católica, y en esta defensa puso toda la pasión, todo el fuego, el ímpetu todo de su alma noble y emprendedora.

Pero no acepta las impurezas de la realidad que aparece en aquello que tiene de organización humana la religión divina, ni tolera las demasías del fanatismo, ni otra especie alguna de aberraciones espirituales. Así rechaza á los místicos, de cuyas obras dice que son «los vahídos de las religiones», á quienes llama «ateos por bondad».

En el epílogo de *El personalismo* hace Campoamor á sus lectores la confidencia de cómo se formó su alma. «Cuando yo nací—dice—todavía el clero ejercía una influencia omnímoda sobre la educación. Yo no diré que esto fuera una desgracia, pero, á lo menos para mí, no ha sido una dicha. A mí me enseñaron las ciencias físicas mal y las morales peor. Sin que esto sea criticar la instrucción del clero católico, diré que los *príncipes* de la Iglesia debían ser antes príncipes de las letras..... Para el bien de nuestra santa religión, yo quisiera que todas las frentes tocadas por el sagrado aceite de las olivas estuviesen un poco, ya que no mucho, unidas por el santo óleo de la inteligencia.»

Pero elevándose Campoamor de las miserias é imperfecciones de lo humano á la alta idea de lo substancial y verdadero, á continuación de éstas y de otras no menos elocuentes protestas, que no son sino invocaciones á lo ideal, proclama su adhesión fidelísima á la Iglesia católica, de la que dice que «tiene tantas atmósferas cuantas regiones hay del cielo á la tierra», añadiendo que «el mundo entero es un grano de arena que no puede llenar el más pequeño rincón de este gran templo, llamado el «Catolicismo».

La manera de discurrir de Campoamor revela una de las más preclaras cualidades de su ánimo, porque escribió *El personalismo* en el año de 1855, cuando cualquier disentimiento de fondo ó de forma, en tales escabrosas materias, podía arrojar para siempre á un hombre más allá de las fronteras de la vida social y oficial. «Soy el desertor de todos los ejércitos», dice, pero no abandona la bandera por cobardía, sino por exceso de valor, estimando que sólo son dignas de ser gozadas las victorias que se han merecido. Como globo cautivo por el áncora de la fe, el alma de Campoamor asciende á lo más alto, y desde allí ve lo que se hace en el campo enemigo. Los movimientos continuos de la atmósfera empujan con violencia al aerostato, hasta el extremo de que los que desde abajo le contemplan temen por momentos que vaya á caer entre el bando contrario.

No es así. No se rompe fácilmente ese cable cuando sus

fibras están tejidas de razón y de sentimiento; pero á los que se asombren y se espanten del ir y venir de un espíritu superior en viajes, que parecen dudas, y en peligrosos y trágicos saltos que amenazan traer aparejada la muerte definitiva, habrá que recordarles que en esas alturas en que vivió el genio de Campoamor, reinan huracanes muy fuertes é imperan borrascas espantosas.

Este hombre grande, sincero, generoso, tan elevado en el pensar, tan hondo y tierno en el sentir, no podía menos de excitar la enemistad y la antipatía de los seres inferiores. Fruto de ese contraste, entre su alma limpia y la ruindad común, fueron las diatribas, las persecuciones y los injustos ataques que le acompañaron de por vida. Hubo un tiempo en que una crítica sañuda trató de interrumpir la labor del vate. Se buscaban pruebas de su irreligiosidad en las ideas, en los sentimientos de los personajes inventados, en las *Doloras* y en los *Pequeños poemas*, y en el comentario que los hechos narrados arrancaban de la inspiración poética. Por este sistema, leyendo á los poetas románticos que en la primera mitad del pasado siglo evocaban la vida oriental y la hermosura de las odaliscas musulmanas, había derecho á acusarles de querer implantar entre nosotros la religión de Mahoma, cambiando la honesta monogamia de nuestro santo matrimonio por las delicias impuras del harén. Á nadie se le ocurrió entonces esta especie de crítica. Empleóse, sin embargo, en cierto modo con Campoamor, haciéndole responsable de lo que sus personajes poemáticos hacían, decían ó pensaban. Á tanto equivaldría acusar á Balzac de ser maestro de ladrones y asesinos, porque refirió con genio incomparable las aventuras de *Vautrín*.

Y á más, que acaso Campoamor llegó en ciertas manifestaciones, mucho más allá de lo que su reflexión le dictara y en materia de fe, como en otras de menor importancia, padeció la noble incontinencia de la espontaneidad. Confié-

salo en frase de energía suprema cuando dice: «Yo no me expreso; me vacio.»

Las dudas y vacilaciones de un espíritu que busca la verdad con ansias continuadas, es el asunto de *El licenciado Torralba*, obra de profundísima intención, que algún crítico ha comparado con el *Fausto* de Goethe. El buen *Licenciado* con su ángel *Zaquiel*, su *Catalina Beltrán;* con la criatura de sus hechicerías, engendrada en una retorta; con su *Estrella*, la bruja; con toda la turbamulta de seres reales y fantásticos que le rodean, y con su aéreo y rápido viaje á la Ciudad Eterna, caballero sobre la espalda de un diablo de alquiler, como refiere el Rmo. Feijóo, es el emblema de la duda. Dice de él nuestro poeta, y estos versos sintetizan el alma del personaje:

Estudió mucho y bien; mas poco á poco
Conoció, de las ciencias en desprecio,
Que si el dudar le tornaría necio,
La mucha fe le volvería loco.

Ándase el alma del hereje conquense sin saber lo que ha de amar ni lo que ha de aborrecer, y en sus amores divinos y humanos, ya afrenta al cielo, ya le rinde vasallaje de veneración.

En un período de su vida,

Supo llevar al aire desplegada
La bandera que ostenta la divisa,
Que dejó Sardanápalo grabada:
«Come bien, bebe más, goza de prisa,
Porque esto es todo, y lo demás es nada.»

Y se entrega á las mayores depravaciones y á los más repugnantes excesos del materialismo; pero luego, en el trance de morir en el quemadero de un auto de fe,

..... ya agonizante,
Cree oir Torralba, en el postrer instante,
La voz de Catalina que le dice:
—¡Por aquí....., por aquí....., sigue adelante,
Que el cielo, por mi mano, te bendice!

Después de la franca declaración del poeta que antes he reproducido, será injusto el propósito y erróneo el trabajo de los que pretendan deducir una filosofía determinada de estas contradicciones, que no son sino el exceso de una actividad mental incansable, empleada en reflejar el pensamiento contemporáneo.

El personalismo es la obra de un espíritu originalísimo, de una inteligencia poderosa, de un aliento supremo. Escrita en el año 1854, y publicada en el de 1855, en modo alguno tiene relación de parentesco con las ideas dominantes de aquella época. Diríase que acaba de ser elaborada por un entendimiento activo y avizor, que ha seguido todo el desenvolvimiento de los estudios filosóficos en el siglo XIX: en tal grado, la adivinación genial de nuestro autor se adelantó en media centuria al curso y al desarrollo de las ideas; y aun cabe imaginar que las anticipaciones de la vida especulativa por venir en *El personalismo* alcanzan horizontes de más lejanas perspectivas. ¡Cuántos problemas de los que se refieren á la vida individual y á la vida social, que ahora apenas si empiezan á columbrarse, se hallan contenidos y expuestos en las páginas de este libro singularísimo! Cuando se vuelve á leer la obra de muchos escritores que dominaron al público y á la crítica en su época contrastando sus pensamientos con lo que la posteridad ha proclamado, con lo que la realidad ha dado de sí y con las rectificaciones que ella ha impuesto, suele experimentarse la triste impresión que produce la visita á un cementerio. Casi todo aquello que pensaron y escribieron, lo que constituyó la base de su gloria, la mayor parte de la doctrina con que subyugaron á sus contemporáneos, no es sino ceniza miserable, polvo ruin sobre el que ha caído el olvido, «que es la muerte de la muerte». Porque la vida es un caminar incesante, en que la etapa de hoy hace desdeñar la de ayer, y las perspectivas que anhelamos descubrir mañana, no por ser más bellas, sino por ser nuevas, atraen nuestra voluntad y nos obligan

á ir dejando á lo largo del camino, con cruel indiferencia, lo que amamos un día. En la evolución continua, febril y activísima del pensamiento son pocos, muy pocos, los que aciertan á sorprender las líneas esenciales que han de perdurar á través de la mudanza. Sirve esta terrible prueba, que el lector juicioso hace al relcer libros viejos, para clasificar á los pensadores y á los artistas. Después de ella son las más preciadas bibliotecas, fúnebres osarios en los que reina el silencio. Sólo resuenan allí las raras voces de aquellos elegidos, contra los que no prevalece la muerte.

Y *El personalismo* es, en tal concepto, la más alta, la más grande, las más justificada glorificación de Campoamor, que al examinar la ardua materia que es el asunto del libro—la certidumbre de conocer, el hombre con relación á todo lo creado, con relación á su especie y con relación á Dios, — hállase tan lejos de lo que por aquellos años servía de punto de partida y término del viaje á los investigadores de las ideas, y tan dentro de las actuales orientaciones del pensamiento, que parecería la obra del milagro, si no fuese la obra del genio. El desorden aparente con que procede el escritor, no es sino la consecuencia de una excesiva vibración intelectual. «Mi deseo—dice—hubiera sido poder imitar á Santo Tomás en el modo de pensar, y á Espinosa en la manera de exponer. Estos dos filósofos—añade—son las delicias de mis lecturas; el primero, por lo honrado y penetrante, y el segundo, por lo sintético y lógico.» Este anhelo de Campoamor encierra toda su doctrina, todo el programa de sus ideas, la escuela y el dogma de su literatura. No le detiene especie alguna de respetos cuando honradamente cree algo, ni vacila en buscar para exprexarlo la forma más penetrante y más sintética. Por eso es *El personalismo* de una claridad diáfana, de una energía dominadora y de un impulso persuasivo, tan eficaz é irresistible, que no hay sino elegir entre el convencimiento y la fuga. ¡Lástima grande que *El personalismo* sea una de las obras menos conocidas de Campoamor!

Sorprende esta obra, porque no hay en ella ni una sola

idea que no haya sido elaborada, definida y calificada por el autor, el cual jamás acepta la opinión ajena, sin previo examen y sin personal análisis. Con denodado ímpetu entra en las selvas medrosas y obscuras de la filosofía. Va solo, y no quiere otra compañía que la de su propio juicio. No teme encontrarse con el endriago de la tradición, ni con ninguno otro de los monstruos pavorosos que se disputan el dominio en esa selva intrincada. Cada paso que da es una batalla, y la luminosa espada de su criterio hiende y taja sin respetar cosa alguna. Empieza por burlarse de la majestática solemnidad del filósofo, del cual dice que no es sino el bastonero que ha de imponer el orden, ó más bien dictar las reglas con que deben entrar ó salir á tiempo estos cuerpos ó figuras que se mueven en el mundo, el cual será un baile de vivos ó una danza de espectros. Añade que «la filosofía no ha sido más que una jaqueca de treinta siglos». Para colocarse «por una especie de salto mortal afortunado *in media re*»—como dicen con frase muy exacta ilustres comentaristas de nuestro autor,—no se apoya sólo en la sensación, á la que llama «esos ojos sin talento», ni tampoco en la razón, «ese talento sin ojos». Su afán de inquirir le hace aceptar todos los procedimientos, con tal que sean útiles y eficaces, y confesándose espiritualista y católico ortodoxo, entona, sin embargo, un canto á los materialistas, secta de la que dice que es la rama de la filosofía que ha hecho más servicios en favor de la felicidad del género humano. «Ella—añade—inauguró el espíritu de indisciplina contra las chocheces dogmáticas de la vieja Sorbona, fué la pólvora que voló los aportillados muros del feudalismo, y, por último, creó el *sentido común* humano que desde los tiempos de Adán andaba desperdigado de clase en clase, ó de individualidad en individualidad, como una adquisición especial ó como una iniciación misteriosa.» Pero no pasa Campoamor, en ésta su admiración á los materialistas, de considerarlos como agentes activos y como auxiliares provechosos del progreso humano. Partiendo de la base de que «la materia es el hecho en que descansa durante su largo

insomnio el alma», prorrumpe en esta hermosa imprecación: «¡Tierra! Lodo de lágrimas y sangre, madre de ángeles, á pesar de las detractaciones de los místicos, tú seguirás siendo siempre la concha de la perla del espíritu.» *El personalismo* es—según un crítico,—«una *dolora* en prosa», y la síntesis de su concepto se encierra en la siguiente afirmación: «Pedimos la emancipación ilimitada, aunque gradual, del espíritu, de ese eterno prisionero de la materia, al exponer este sistema filosófico, en el cual la naturaleza es lo menos, el hombre es lo más, y Dios es el todo. Tal es el objeto de la Creación: la emancipación gradual y absoluta de todo lo personal.»

Y refiriendo esta doctrina á su propia existencia, exclamaba con elocuencia conmovedora en el admirable epílogo de *El personalismo:* «¡Sí, sí! He estado aprisionado también en el lecho de Procusto de la literatura, donde he vegetado como todas las juventudes, mis predecesoras, lo mismo que una hiedra literaria, viviendo de la substancia y pegada al tronco de los originales. Sólo hacia la edad de los treinta años he empezado á borrarme de la lista de todas las asociaciones humanas que tienen por objeto devorar al individuo para engordar á la especie. La sociedad humana es una comedora de hombres, y yo ya estoy dispuesto á no dejarme comer. Es inútil que mis antiguos jefes, para llevarme al combate, quieran hacerme formar en línea. La vieja humanidad está demasiado chocha para que yo, en mi calidad de filósofo, consienta que el hombre continúe siendo su eterno pupilo. Yo, que desde el principio del mundo vengo separándome con mil trabajos de mi amada nodriza la materia; yo, que después de una infinidad de dolores he logrado individualizarme, personalizándome, desidentificarme de todo, no quiero que ni la gramática, ni el latín, ni la filosofía, ni la literatura, vuelvan á identificarme con nada, no sólo con la materia, pero ni con el mismo espíritu. Desde que he nacido me tienen aprisionado. ¡Aire, que me ahogo!»

Imposible será que un alma que así proclama su derecho á vivir libre, haya de quedar sujeta por ninguna especie de

trabas. Ha nacido para gozar del honor de la independencia, y como algunos pueblos que son gloria de la humanidad, no habrá manera de rendirle á vasallaje. Ejemplo único ó raro por extremo, en esta desdichada decadencia de las voluntades, en que la sinceridad es un delito y la franqueza una nota de salvajismo.

Así examina Campoamor en *El personalismo* todos los sistemas filosóficos con despiadada sinceridad, dándosele un ardite del daño que produzca su juicio ó de las protestas que determine. Notable en alto grado, mucho más que lo que mis encarecimientos lograrían calificarlo, es el análisis que Campoamor hace de la filosofía y de los filósofos. Desde Tales hasta Hegel pasa revista á la serie de doctrinas que han agitado las conciencias y hoy vanamente llenan y abruman la memoria de los estudiosos. Asombra la claridad cómo expresa Campoamor cada uno de esos sistemas, decantando á veces el fango más hediondo y las aguas más turbias para sacar de ellos la esencia de una idea en unas cuantas gotas cristalinas y diáfanas. Maravilla la perspicacia con que penetra en el fondo del pensamiento ajeno y el ingenio con que precisa su esencia. Únase á todo esto la frase de genial relieve, la ironía de profunda intención, el elogio elocuente, conmovido, ó la burla donosa con que sazona el comentario, y se podrá formar idea de lo que es *El personalismo.* Ni yo he de acertar á expresarlo, ni quiero otra cosa que recordar una de las más grandes obras de nuestro amigo.

Los Sres. D. Urbano González Serrano, D. Vicente Colorado y D. Mariano Ordóñez que, respondiendo á nobles obligaciones de amistad y á generosos estímulos de admiración, han tomado sobre sí la ardua empresa de coleccionar las obras completas de D. Ramón de Campoamor, colocan en el primer tomo de ellas, después de *El personalismo*, el discurso que el insigne escritor leyó el día 9 de Marzo de 1862 para ser recibido en esta docta casa. Muchos de los Sres. Académicos, que son hoy honor y prez de nuestra Corporación,

asistieron á aquella sesión memorable, en la que Campoamor sostuvo la tesis de que, «sentar las leyes de un idioma es hacer el análisis del pensamiento humano, pues no se puede menos de conocer el pensar cuando se estudia el cómo se piensa», y proclamando que «la Metafísica limpia, fija y da esplendor al lenguaje».

La brevedad natural y conveniente en este género de discursos, detuvo dentro de límites harto reducidos lo que entonces quiso decir D. Ramón de Campoamor, aunque dijo tantas y tales cosas que con toda justicia pudo escribir el señor Marqués de Molíns en su discurso de contestación estas hermosas palabras:

«La Academia Española, antes de elegir por emblema el crisol que limpia, fija y da esplendor al oro purísimo de la Lengua Castellana, emblema que ha adoptado el nuevo académico como blasón en esta su reciente empresa; la Academia, digo, usó otro timbre más modesto y no menos significativo: el de una colmena de humildes, laboriosas y útiles abejas. Séame permitido aceptar hoy como existente semejante escudo, y siguiendo su alegoría, decir que el Sr. Campoamor ha acercado la llama de su genio á la piquera de esta colmena literaria, y que á su calor ha hecho volar el enjambre de las inteligencias, y con las nubes de su aroma las ha levantado á alturas, para ellas si no desconocidas, por lo menos poco frecuentadas. Ahora bien: disipada ya la fragancia, apagado el fuego, necesario es que volvamos uno tras otro hacia nuestro abandonado panal; porque, al cabo, en él se labra y custodia el habla, miel dulcísima con que nos despecharon nuestras madres, y blanca cera que se consagra en los altares del Dios vivo, y con la cual se alumbrarán en sus caminos las generaciones venideras.»

No era otro el propósito del insigne autor de *El personalismo*, el cual quiso probar en su discurso que lo que hay de *limpio*, *fijo* y *esplendoroso* en las maneras de hablar y de escribir en las diversas razas que pueblan la tierra «son los principios que se llaman de Gramática general, es la regla universal, es la ley metafísica; las irregularidades, lo que

hay de obscuro, variable y confuso es de invención local, es todo antimetafísico.»

Para desarrollar ideas concentradas y resumidas en este discurso, escribió Campoamor su libro *Lo absoluto*, publicado el año 1865.

Habiendo dicho anteriormente algo que pueda ser atisbo del credo de Campoamor, no hay para qué entrar en un análisis de *Lo absoluto*. Tal vez tuvo demasiado en cuenta, por primera y única vez en su vida, los consejos de una crítica rutinaria, que le censuró al examinar su primer estudio filosófico, las arrogancias de estilo y las vehemencias de expresión. Por eso las páginas de *Lo absoluto* afectan cierta palidez retórica, como si el autor hubiera querido presentarse en el palenque de las ideas ciñendo pobre armadura y sin plumas en el morrión, fiándolo todo al empuje de su lanza y al ímpetu de su ánimo.

Día de gloria fué para el Ateneo de Madrid aquel en que D. Ramón de Campoamor, presidente de la Sección de Literatura y Artes de la egregia Sociedad, leyó con el modesto título de resumen de un debate, su famoso libro *El ideísmo*..... No se borrará fácilmente de la memoria de los contemporáneos la impresión que produjo aquella obra, esfuerzo prodigioso de un ingenio inagotable en su momento de madurez definitiva. *El ideísmo* es un resumen de juicios de la filosofía y de la historia, un análisis de doctrinas y de hechos, una crítica de críticas, un centelleo luminoso que deslumbra y ciega. En este momento, como en otros muchos de los que componen el espacio de tiempo escaso que he empleado en escribir estas páginas, siento vivos anhelos de extractar algunas del maestro y de copiar párrafos y frases, con lo que vosotros tendríais la satisfacción de volver á oir tales maravillas de arte literario, y yo la de estar seguro de conseguir el objeto que me propongo, que no es otro que el de rendir homenaje al maestro preclaro. Pero no puedo hacerlo, y así una vez más en este discurso, que no es otra cosa sino un

sumario de remembranzas, habré de seguir avanzando como viajero apresurado que ve un monumento, lo admira y se aleja con la amargura de no quedarse allí por siempre contemplando.

Aun siendo estos apuntes tan someros, que sólo se refieren á conceptos esenciales del genio de Campoamor, no puedo eximirme de hablar de las obras dramáticas de nuestro poeta. Objeto preferente de sus aspiraciones de escritor, solicitó el aplauso del público teatral en el año 1838 con *Una mujer generosa*, obra de la que es difícil hallar ejemplares. Desde aquella fecha, en que Campoamor era muy joven, hasta 1875 en que estrenó, con aciaga fortuna, el drama *Así se escribe la historia*, no dejó de producir. *Cuerdos y locos*, *El honor*, *Guerra á la guerra*, *El palacio de la verdad*, *Dies iræ*, *Glorias humanas*, son las principales obras en que procuró acomodar á las duras exigencias de la escena su talento de observación original, su poesía de novísimas inspiraciones. Consiguió algunas veces el aplauso, pero ninguna en la medida que le obtuvo como poeta lírico. Casi siempre los espectadores se quedaban muy lejos del autor, sin acertar á comprenderle, aburridos ó enojados. Algunas de las invenciones dramáticas de nuestro poeta, *El palacio de la verdad*, por ejemplo, si ahora se representaran como traducidas del noruego ó del alemán, tal vez causaran asombro y maravilla á los que se deleitan con ciertas novedades algo obscuras y preñadas de simbolismos que la moda ha impuesto. Porque es justo consignar que Campoamor ha sido uno de los iniciadores del llamado «teatro de ideas», expresión de aquel modo de entender la literatura dramática, que consiste en convertir los personajes en emblemas de conceptos morales más que en copiar los afectos y luchas de los humanos. Así que al leer á Ibsen y á Bjoerson se recuerda, á lo menos en su tendencia y propósito, los dramas de Campoamor. No quiso éste ni por un momento perder sus cualidades de pensador y de poeta ni ceder en sus derechos de creador original. Prefirió

correr el riesgo de la repulsa, y la aceptó sin desmayo ni queja. Ahora se leen estas producciones con el mismo encanto que las otras del autor, y en ellas se aprecian los primores característicos de un ingenio siempre vigoroso, lozano y fecundísimo. *Dies iræ*, es una espantosa concepción dantesca que produce el escalofrío del terror. *Cuerdos y locos* parece una comedia ligera, y está llena de hondos pensamientos, que hacen vacilar el ánimo del lector, evidenciando la fragilidad de la razón humana. *El palacio de la verdad*, que Campoamor llama «dolora dramática», es un símbolo conmovedor que entristece y aniquila el alma. ¡Cuántas ideas sublimes en estos ensayos dramáticos, la mayor parte de los cuales pasaron sin arrancar aclamaciones ante una muchedumbre distraída, burlona ó soñolienta! ¡Qué abismos de pensamientos, qué tesoros.....! Causa, en verdad, amargura el ver cómo suelen ser juzgadas por la primera y definitiva impresión de un público de teatro creaciones de maravilloso talento. La lectura de tales obras en la soledad del estudio, las eleva, las engrandece, y á sus resplandores se ve á los que las condenaron y cubrieron de oprobio en toda la pequeñez de su misérrima pobreza intelectual.

Los más grandes poetas del siglo XIX han solido sufrir estos desvíos de la masa general erigida en cátedra de dogmatizadores literarios. Unos han ido indefensos á recibir el castigo de su generosa osadía. Otros, más previsores, ó más orgullosos, no han expuesto sus creaciones al brutal desdén de la ignorancia envanecida. Goethe y Byron tienen en su teatro obras de genial grandeza, pero al escribirlas no quisieron que fueran representadas. *Goetz de Berlinchingen y Marino Faliero*, y no citaré otros títulos, no podrían, en efecto, ser del agrado del público que se congrega durante dos ó tres horas para divertir el ánimo. Esos mismos espectadores, acaso en su hogar, cuando se ha roto la cadena de solidaridad que los une en las filas de asientos de un coliseo, en momentos de concentración espiritual, hallan placer estético en leer lo que les enfadó ó produjo cansancio en la sala del espectáculo ante el pintado telón del foro y la batería de

luces de la escena. Pero no es ésta ocasión de disertar acerca de lo que es el fallo de la muchedumbre cuando la congrega el dios de la carátula.

La serenidad que revela la obra de Campoamor parece corresponder á un poeta que no hubiera sido discutido; pero, como ya he dicho, lo fué durante la mayor parte de su vida con injusticia, con saña y con encarnizamiento. El mismo, con ser más dado á la protesta que á la queja, se duele de la campaña que hubo de sostener en un precipicio para defender sus creaciones: «Soy el hombre menos afortunado de la tierra—dice—para bautizar géneros literarios. Cuando publiqué las *Doloras*, el nombre pareció demasiado neológico. Salieron á la luz los *Pequeños poemas*, y el título fué muy censurado por razones que nunca he comprendido.» Escribía esto cuando publicó las *Humoradas*, temiendo también que el nuevo título obtuviera vituperaciones de la crítica. Pero el alma grande y fuerte de Campoamor supo prescindir del juicio injusto, y prosiguió su labor aumentando los horizontes y ensanchando los dominios del mundo espiritual á que aspiraba. Sólo pierde la serenidad y dispara en airadas violencias contra aquellos críticos que le acusaron un día de plagiario, unas veces de impío y otras de infractor de los sacrosantos cánones del arte poético castellano. Entonces sí que el enojo le excita y le acalora; pero siendo, como es, tan grande artista, encuentra en los arrebatos de su ira motivos de inspiración. Léase su libro *Poética*, ya citado, y dígase si cabe imaginar perfil más gallardo en la polémica, actitud más elegante y desenfadada en la lucha. Trae á la memoria esta manera de Campoamor la sátira de Byron *Los Bardos de Inglaterra* y *Los críticos de Escocia*, que fué el principio de la gloria del autor de *Lara*.

Al hablar de esta forma de su talento recuérdanse sus famosos artículos escritos en la prensa periódica y reunidos en un volumen bajo el título de *Polémicas con la democracia á propósito de la fórmula del progreso de D. Emilio Çastelar*.

No hay para qué decir cuánto de hábil, de ingenioso y de intencionado hay en estos artículos. Abunda en ellos el sofisma, esmáltalos la paradoja, los inspira el odio á los principios radicales defendidos por el orador famoso. El señor Campoamor figuraba en el partido moderado, en el que se afilió, no tanto por convencimiento, cuanto porque la expulsión de la reina gobernadora D.ª María Cristina arrancó á su ánimo caballeresco una oda vibrante de indignación contra los defensores del general Espartero. Así, sucesos de apariencia incidentales deciden del destino de los hombres. Ello es que D. Ramón de Campoamor militó desde entonces y por siempre en la escuela conservadora, y se consideró obligado á contradecir y refutar las campañas de los demócratas.

Otro artículo periodístico escrito en defensa de las leyes y para castigar excesos de la indisciplina llevó á nuestro amigo al terreno llamado del honor, donde demostró ser digno heredero de la clásica estirpe de los poetas hispanos, que sabían mantener con las armas lo que defendían en sus escritos, y, según la frase famosa, ejecutaban las hazañas primero y las escribían después.

Y para cerrar esta enumeración de las polémicas principales en que ocupó Campoamor su ingenio, no dejaré de mencionar la que con el título de *La metafísica y la poesía*, sostuvo con el insigne maestro D. Juan Valera. Los artículos que componen este volumen quedarán seguramente como dechados de ingenio, de amenidad y de cultura. No era posible, en efecto, hallar dos esgrimidores cuyo encuentro causase mayor interés. La diversidad de sus genios, de sus estudios y de sus temperamentos los llevaban á medir sus armas. El irónico y supremo desdén con que uno y otro miraban los apasionamientos y ceguedades de los hombres, daba á entender que en el torneo sólo se buscaba el lucimiento de los combatientes, no la destrucción ni aun el vencimiento del contrario. Quedaron vencedores ambos.

En cuanto á las opiniones políticas de Campoamor, bueno será que se diga que en modo alguno fué aquél grande hom-

bre sustentador de las doctrinas reaccionarias. Si, como él declara, por amor á lo bello y á lo delicado nunca tuvo gran simpatía para las muchedumbres groseras é ignorantes; si por incidentes casuales entró en el partido conservador, y luego relaciones de amistad y motivos de consecuencia en él le afianzaron, fué siempre un espíritu enamorado de lo nuevo, constante vigía del progreso, fiel defensor de la libertad en sus esenciales manifestaciones: la de conciencia y la de imprenta.

El día 4 de Julio de 1857 pronunció en el Congreso de los Diputados un enérgico discurso contra el proyecto de ley de Imprenta, que sus amigos políticos los moderados habían presentado á las Cámaras.

«Da bienes fortuna
que no están escritos.

»Digo esto porque antes teníamos alguna libertad de imprenta, pero no teníamos ninguna ley. Hoy vamos á tener ley de imprenta, pero, en cambio, no tendremos ninguna libertad.»

En estos términos, impregnados de amarga ironía, comenzaba Campoamor su discurso, rompiendo todo vínculo de disciplina para con el partido á que pertenecía, prefiriendo la ira de los correligionarios abandonados al olvido de sus altas, grandes y santas obligaciones de pensador. Ignoro las circunstancias que concurrieron al pronunciarse este discurso, ni conozco el efecto que causara, pero, leído ahora, encanta por la admirable lógica de sus razonamientos, por la punzante viveza de su estilo y por la orientación de sus principios hacia lo que, andando los años, constituyó el nuevo derecho. Las afirmaciones de esta peroración se hallan sintetizadas en un elocuente resumen, en el que se destacan las siguientes frases: «Esta ley es el bloqueo de la opinión pública y el estado de sitio de la inteligencia humana.» Quien de tal modo iniciaba sus campañas de orador, campañas que se vieron inmediata y casi definitivamente interrumpidas, podía aspirar acaso en la tribuna á brillantes triunfos; pero

de seguro es un liberal, en el sentido propio de la palabra. La libertad de conciencia y la de imprenta son el reactivo que hace conocer á los verdaderos mantenedores de las bases que sustenta la vida moderna.

Lo que, sin duda alguna llevó á Campoamor á ser enemigo de los partidos liberales, aparte de las razones de momento que quedan expuestas, fué su odio implacable á toda violencia. Testigo y casi víctima de sangrientos motines, como el que en 1854 estalló en Valencia, siendo Gobernador civil de aquella provincia, quédole por siempre en el alma un dejo de protesta contra la barbarie sin freno que triunfa momentáneamente de la razón ó sirve ciega á la razón manchando sus victorias. Toda la obra de Campoamor es una arenga de indignada arrogancia contra el abuso del poder. Así maldice del tirano como del pueblo ensoberbecido y dictador de caprichosa ley, y lo mismo vitupera á Napoleón, cuando cubre sus guiñapos de genial aventurero con el manto de improvisado César, que á las turbas epilépticas de la revolución del 93 que derriban tronos y altares.

Quiero ya dar término á estas desabridas páginas poniendo bajo vuestro amparo el perenne homenaje que se debe á Campoamor; y si mi solicitud en el día de hoy no fuese indiscreta ó inoportuna, os rogaría que incluyerais en nuestro Diccionario la palabra *dolora*. Muchos, muchos años hace que al ser recibido el gran poeta en esta casa, el ilustre Roca de Togores, á quien ya he citado, pedía lo mismo que yo hoy pido, y hacíalo con la sabiduría y el ingenio que le eran peculiares. «¿Dónde están los etimologistas — se preguntaba—que me puedan explicar por qué se llamaron endechas las endechas y coplas las coplas y sonetos los sonetos?» «Pues bien—concluía;—por razón igual se llaman *doloras* las *doloras*, porque así plugo á quien tuvo la dicha de descubrirlas y la constancia de perfeccionarlas y la gloria de verlas aceptadas y aplaudidas por el uso, juez y árbitro supremo de quien la Academia es, si no servil ejecutora, á lo

menos concienzuda cronista.» Cerca de cuarenta años han pasado desde que el Marqués de Molíns solicitó de vosotros que dierais entrada en el arca santa del idioma castellano á la palabra con que quiso Campoamor designar sus famosas composiciones. Permitidme renovar la solicitud con la humildad de quien pide favor, aunque creo que pido justicia. En esos cuarenta años apenas ha dejado de crear la musa del poeta. A todas partes ha hecho llegar el estruendo de su gloria. Las *Doloras* han extendido los dominios del habla castellana y los han afirmado allá, en América, donde todo lo han perdido nuestras armas, donde todo han de ganarlo nuestros artistas. Perdonad que comience con solicitudes quien aún no ha merecido vuestra benevolencia, y séame otorgada la esperanza de haber contribuído á un acuerdo que enaltecerá á todos.

Aun de aquellos que sólo miran el fin inmediatamente útil de las acciones y de los pensamientos de los hombres, ha de ser hoy considerada y premiada la labor de los literatos que se hacen leer y admirar en los lejanos pueblos que fueron nuestros, y respecto de los que sólo tenemos ya el prestigio de conservar la cuna y la pila bautismal del idioma. Si concede la Academia ese homenaje á quien tantos servicios rindió á las artes literarias nacionales, daréis á imitar ejemplos que han de traer provechos á cuantos forman en las nobles legiones del trabajo intelectual.

Al partir Campoamor de este mundo de las *Doloras* deja en todos nosotros fiel recuerdo que ha de vivir perdurablemente. La historia de las letras contemporáneas perpetuará la huella de esa labor excelsa que habrá de conservarse á través de las generaciones con la augusta memoria del poeta..... Sólo nos queda ya uno de los que en la lejana edad de las luchas cantaron los problemas de la conciencia; sólo nos queda uno de los grandes, de los fuertes, de los dominadores en la idea, en el sentimiento y en la forma. Siéntase entre vosotros, patriarca venerable de la clásica poesía castellana.

Los años no han privado de frescura ni de vigor á su enérgica musa que aun ayer nos regalaba un poema de luminosa inspiración. No será preciso que estampe aquí el egregio nombre de D. Gaspar Núñez de Arce. Reverenciémosle con el homenaje del amor y del respeto, que en él se reverenciará el numen de la raza; y hay que guardar el fuego divino que se extingue bajo el soplo de los huracanes del desastre. A su calor han de juntarse los jóvenes, los que habrán de sucedernos, los que han de continuar la obra que vosotros estáis realizando.

Sí; á los jóvenes, á los que sienten en el corazón el dulce y comunicativo vibrar de lo ideal, á los que ahora están templando sus almas en el estudio de los grandes modelos, á ellos se hace entrega de los libros de Campoamor. De entre esa juventud saldrán el crítico que analice su ingenio, el poeta que siga sus tradiciones y la legión que las mantenga bajo el dosel de la gloria.

No puede morir el arte hispano. Si un punto sufren eclipse los ideales luego reaparecen con renovado brillo, y jamás se agotan los asuntos que merecen ocupar y entretener la inspiración del vate. Entre las ruinas que nos rodean y á través de la masa de polvo que el hundimiento levantó, adviértense los primeros indicios de la obra reconstructora. También son dignas de ser cantadas las esperanzas del obrero que se apresta á reanudar el interrumpido trabajo. Animadle sin cesar en su faena vosotros, los maestros, los que tenéis el privilegio de escribir palabras que conmueven y fortifican el corazón.

He dicho.

DISCURSO

DEL

EXCMO. SR. D. JUAN VALERA

Señores Académicos:

Al considerar y estimar el mérito del interesante y ameno discurso que acabáis de oir, me arrepentí yo hace días, y me arrepiento ahora, de haber aceptado el tan honroso como difícil encargo de darle una contestación que sea digna. A persona menos abrumada que yo por los años y achaques, y de espíritu más activo y despierto, debiera haberse encomendado esta tarea. Pero, no sé si por desgracia ó por fortuna, la afición á escribir es la más tenaz y persistente de todas las aficiones. Cada día me persuado más de que dicha afición no se pierde con la vejez, ni se disminuye siquiera, sino que se aumenta con todas las energías que empleaba la voluntad en otras aficiones y en otros ejercicios de los que, con los años, nos apartamos, y hasta pudiera decirse que nos jubilamos. Quien llega á cierta edad y no se enriquece, se resigna á vivir en su pobreza ó en su modesta medianía, desecha las aspiraciones, no siente el estímulo de la codicia, y se aquieta en un suave desengaño que la conformidad endulza. Con los sueños de la ambición suele ocurrir algo parecido. El viejo juicioso se aviene con su suerte, reconoce que Dios no tuvo á bien concederle facultades para gobernar y dominar á los otros seres humanos, y confiado en que no ha de faltar quien los gobierne y domine, y hasta quien el día menos pensado atine á regenerarlos, dado que estén algo decaídos, se retira á buen vivir y desiste de mezclarse

en los negocios públicos. Del mismo modo, con tal de que se posea la indispensable dosis de filosofía práctica, desiste el viejo de no pocas otras pretensiones que acaso tuvo ó pudo tener en su mocedad ya remota. Con su voz cascada y trémula no puede ni quiere ser orador; sus piernas, que flaquean, y sus pies, que se arrastran, impiden el menor conato que pueda tener de lucirse en la danza, en la esgrima y en otras habilidades que requieren ligereza y soltura; las arrugas de su cara, lo encorvado de sus espaldas y la pérdida de sus cabellos ó su transformación en canas, matan en él hasta el más leve deseo de figurar en los salones por su gentileza y elegancia. El reuma, la pérdida de la vista y lo quebrantado de su salud, le inhabilitan para la caza y le quitan el gusto que ofrece la vida campestre. Aun podrá componer ó fantasear en su mente novelas, idilios y dramas, pero nunca, como actor, representar airoso y bonito papel de galán en ellos.

Resulta, pues, que la única afición que queda al que fué escritor es la de seguir escribiendo. Y como las demás aficiones, impelidas por el desengaño, se retiran, penetran y se esconden en el centro del espíritu, cobra mayor fuerza la antigua afición de escribir, y viene á convertirse en verdadera manía. Mas, por fortuna, aunque de la manía nazcan obras de poco ó de ningún valer, la manía es inocente y no costosa, sino barata, y bien puede el que la tiene conformarse y hasta dar gracias á Dios de tenerla, y bien pueden también perdonársela los demás seres humanos, calificándola de mansa é inofensiva.

Yo, por otra parte, lejos de aborrecer amo esta manía, así en mí como en otros viejos que también la tienen, figurándome que es prueba clara de que el alma no envejece ni muere, sino que florece acaso con mayor lozanía cuando se marchita todo en nosotros, y cobra más vigor y actividad cuando en nosotros todo se abate y se postra, y está, ó cree estar, iluminada por resplandeciente luz interior, cuando ya el universo visible y cuantos objetos hay en él se anublan y se obscurecen para los ojos mortales.

No recuerdo bien en qué diálogo del divino Platón he leído y admirado yo la profunda sentencia de que la religiosidad crece en el alma de los viejos, y no porque la razón de ellos se debilite, sino porque se aparta de lo efímero y caduco y se acerca á lo eterno. El apartamiento de todo tumulto exterior, y el amortiguado reposo de los sentidos, nos persuaden además muy agradablemente, de que nuestro espíritu se sumerge sin esfuerzo en el abismo de su propio ser; y así como el buzo pesca perlas en los remotos mares de Oriente, puede él sacar, de aquellos más hondos abismos, ya inauditas verdades, ya bellezas espléndidas que nunca antes se mostraron al mundo revestidas de materiales apariencias. Tal esperanza, harto ilusoria por lo común, nos estimula á escribir, nos recrea y hasta nos beatifica, sin apartarse de nosotros sino con la muerte.

Basta, y aun sobra lo dicho, contando como cuento con vuestra indulgencia, para disculpa de que persista yo en cansaros frecuentemente con mis escritos.

En esta ocasión tengo también otra disculpa: el amistoso afecto que me une á la persona que viene hoy á sentarse entre nosotros, y la iniciativa que tuve en su elección, firmando la propuesta donde se os rogaba que le eligieseis.

Desde hace ya más de un cuarto de siglo trato yo al señor D. José Ortega Munilla, le estimo en lo mucho que merece, y le profeso constante amistad, á la que me lisonjeo de que él corresponde.

Periodista desde muy mozo, le conocí en la Redacción de *Los Debates*, donde yo colaboraba, después de haber escrito más asiduamente en *El Contemporáneo*, en *El Campo* y en la *Revista de España*, periódicos todos nacidos, dirigidos y sostenidos, por la emprendedora actividad de mi inolvidable amigo D. José Luis Albareda.

Desde sus Redacciones, no sin fundamento, se jactaba él de haber lanzado á la vida pública, y de haber movido á hacer las primeras armas, á no pocos sujetos, que se señalaron y descollaron después en la política y en las bellas letras, como D. Gustavo Adolfo Bécquer, D. Antonio María Fa-

bié, D. Ramón Rodríguez Correa, D. Fernando León y Castillo, D. Benito Pérez Galdós, D. Angel Urzáiz, D. José Ferreras, y algunos otros.

Nunca he comprendido yo bien la animadversión que sienten y el melindroso desdén con que ciertos aristócratas de la inteligencia ó de la fortuna, por derecho hereditario ó de conquista, ó meramente por presumido ensueño, miran el periodismo y á las personas que en los periódicos escriben. En España, más que en ningún otro país, tal animadversión y tal desdén carecen de fundamento. De las Redacciones de nuestros periódicos salen, desde hace sesenta ó setenta años, nuestros más elegantes poetas, nuestros más ingeniosos novelistas, nuestros más elocuentes oradores y hombres de Estado, entre los cuales han subido no pocos á las dignidades más altas, han alcanzado popularidad y nombradía, y hasta se han encumbrado á veces en el concepto público, á merecer gloria imperecedera.

Lo único que, si no justifica, puede explicar algo la ojeriza que contra la prensa periódica suele manifestarse, es la pomposidad, no de muy buen gusto, con que no falta nunca quien la celebre, calificándola de magisterio y de sacerdocio, y llamando apóstoles y mártires á los periodistas, y martirologio á toda persecución, multa ó recogida de ejemplares que se les impone.

La verdad es que la prensa dista mucho de ser un vivero ó almáciga de mártires y de apóstoles, y una infalible escuela de todo linaje de enseñanza; pero es el mejor medio de divulgación, órgano de la opinión pública y palenque abierto á las luchas de la inteligencia y del ingenio, sobre cuyo valer decide el vulgo como jurado, concediendo á quien lo merece, ó cree que lo merece, la palma de la victoria.

En este concepto, más tiene de aserción razonable, que de jactancia absurda, el afirmar que la prensa es el *cuarto poder* del Estado. ¿Cómo negar este poder, sobre todo en el día, y cómo no reconocerle, singularmente en aquellos periódicos que no se limitan á defender y servir los intereses

de un partido, sino que, sobreponiéndose á todos, ora formulan vagos pensamientos y aspiraciones del vulgo, ora infunden, ó por lo menos dan dirección en el espíritu del vulgo, á esos vagos pensamientos y á esas aspiraciones?

Cuando en un país como España, donde todavía se leen pocos libros, un periódico de la mencionada clase llega á expender más de cien mil ejemplares de cada uno de sus números, lo cual supone, por un cálculo no muy exagerado, más de trescientos mil lectores, bien puede asegurarse que en dicho periódico reside un poder grandísimo, y que las doctrinas que sostiene, las soluciones que pide para los más difíciles problemas, el juicio que forma de las cosas y la estimación y fama que á las personas concede, se apoyan en cierta complicidad con gran parte del vulgo, y cuentan con el voto de la muchedumbre, de la mayoría acaso de los que leen y de los que piensan. El hombre, pues, que llega á dirigir un periódico de esta condición, ejerce no pequeño influjo en su patria, puede crear ó destruir reputaciones, y así como en política eleva á veces á sus favoritos hasta los más importantes empleos, así en literatura, ciencias y artes, concurre á preconizar como sabios, poetas y artistas á los sujetos que logran su aplauso. Aunque imaginemos que depende un poco del acaso ó de lo que llamamos ciega fortuna el adquirir la dirección de poder tan grande, no hemos de negar que la capacidad y el mérito propio de quien le adquiere son indispensables requisitos para conservarle luego y para acrecentarle más todavía.

Digno de elogio es asimismo quien, gozando de este poder, no abusa de él en su provecho, no vitupera por odio, no ensalza sobradamente sin motivo, y prodigando tal vez alabanzas y concediendo triunfos y laureles á personas extrañas, se olvida desinteresadamente de sí mismo, oculta á menudo su nombre y apenas cultiva su fama.

Mucho de lo que queda expuesto puede aplicarse al nuevo académico electo que viene hoy á tomar asiento entre nosotros. Harto inferior á la labor que ha realizado es, á mi ver, su nombradía. Procurando que otros la adquieran, ha cuida-

do poco de adquirirla para sí. En el ingente cúmulo de escritos que *El Imparcial* y otros periódicos insertan en sus columnas se hubieran escondido y sepultado las obras del Sr. Ortega Munilla, veladas no pocas por el anónimo, si algunas de ellas no hubiesen aparecido más tarde en libros que, en todas partes y más aún en nuestro país, circulan muchísimo menos que los papeles diarios.

Prescindiendo ahora del valer del Sr. Ortega Munilla como periodista, diré algo aquí de lo que, tomado de los periódicos, ha publicado más tarde en libros y con su nombre, lo cual basta á acreditarle de escritor castizo y discreto, de critico juicioso y benévolo, y de hábil novelista, rico de imaginación y sentimiento.

Si fuésemos á creer que los buenos escritos sólo son aquellos que difunden verdades provechosas y nuevas que valen para el progreso del humano linaje, ciertamente pocos escritos habría que no mereciesen nuestro desdén ó nuestro olvido. Yo también soy escritor, y cuando hago severo examen de conciencia y releo y estudio las obras todas que he dado al público por medio de la estampa, reconozco con humildad que no he enseñado nada que ya no se supiese. Lo que me consuela, después de sufrir este desencanto, es el pensar que tal vez los hombres que han enseñado más importantes verdades, que más han contribuído al progreso, que han sembrado gérmenes más fecundos en frutos espirituales, y que mejor han estimulado y dirigido la marcha de la humanidad, ó no escribieron jamás una sola página ó se perdieron las que escribieron. Valgan para ejemplo Sakiamuni, el fundador de la religión que acaso tiene más sectarios, y Sócrates, el que dió impulso inicial y firme dirección á toda la ulterior filosofía de los pueblos de Europa.

Convengamos, pues, en que alguien puede ser escritor celebrado, por la amenidad y gracia de su estilo, porque sirve lo que escribe para honesto recreo, porque nos representa, con primor y por medio de la palabra, la hermosura del universo que todos hemos visto y los casos y lances de la vida humana que todos hemos presenciado, y porque pone

en sus cuadros el color, el sello y el carácter del espíritu propio, con lo cual les presta novedad deleitosa y original hechizo. A este género pertenece la mayoría de los buenos escritores, y en este género me atrevo yo á poner al Sr. Ortega Munilla.

Las crónicas que durante años ha escrito y publicado de los sucesos no políticos ocurridos en Madrid, son una hermosa muestra de lo que en este género puede hacerse y de la amenidad y del ingenio que puede lucir quien lo hace.

El recto y benigno criterio, y el más acendrado buen gusto en literatura y bellas artes se manifiestan igualmente, así en las crónicas que el Sr. Ortega Munilla ha escrito, reunido y publicado luego, como en sus artículos sobre obras dramáticas, poesías líricas, novelas y otros libros nuevos que han ido sucesivamente apareciendo.

Enemigo como soy de todo disimulo, no he de ocultar yo aquí que quien ya desde hoy es nuestro compañero, en momentos de mal humor ó dejándose arrastrar por cierto prurito que suele haber en la gente moza contra todo lo que parece tener autoridad, aunque no pretenda tenerla ni presuma de ello, ha dirigido á veces contra esta misma Academia que hoy le recibe, algunas censuras algo crueles; pero si se atiende á los entusiastas elogios que ha dado reiteradamente á gran número de sus individuos, la crueldad y hasta la injusticia en la censura del conjunto, quedan encubiertas y abrumadas por la copia de flores y de lauros derramada por él á manos llenas sobre las personas que han compuesto ó componen el mencionado conjunto. Nadie con mayor entusiasmo que el Sr. Ortega Munilla ha dado cuenta encomiástica en sus artículos de las obras de los Sres. Hartzenbusch, Tamayo, Zorrilla, Alarcón, Cañete, Echegaray, Castelar, Selgas, Galdós, Sellés, Núñez de Arce, Pereda, Menéndez y Pelayo y no pocos otros que fueron ó que son aún de esta Academia, y cuyos nombres no acuden á mi memoria en este mismo instante. Y á lo que yo entiendo, imaginando que lo reconozco en el estilo franco y sincero, tan generosos elogios están llenos de buena fe, sin ningún propósito

de adulación interesada, sino solamente promovidos por el amor de la patria y de la literatura nacional, cuyo fecundo cultivo contribuye tanto á su gloria.

Quizás un juez severo podría tildar al Sr. Ortega Munilla de sobrado indulgente y hasta de encomiador excesivo; pero yo prefiero este extremo, dado que el Sr. Ortega Munilla le toque, al de no pocos críticos descontentadizos y duros que en el día pululan, y para quienes no hay obra literaria, salvo la propia ó la de algunos amigos íntimos, que no sea insulsa y que no esté llena de defectos. Y es de notar además que el Sr. Ortega Munilla no prodiga sus alabanzas sin fundarlas, por virtud de detenido análisis, en muy atinadas razones. En su crítica prevalece sin duda la benevolencia, pero sin divorciarse de la justicia ni someterse al capricho. De esta suerte ha ensalzado también á no pocos otros ilustres escritores que no llegaron á obtener la honra de sentarse entre nosotros, pero cuyo valer es innegable. Así, por ejemplo, Ventura Ruiz de Aguilera, Ferrán, Bécquer, Velarde, Correa, y muchos más.

En resolución, con la lectura de los artículos críticos del Sr. Ortega Munilla puede formarse un concepto conforme á la realidad, y muy ventajoso, del florecimiento literario de España durante la segunda mitad del pasado siglo. Y bien puede quien se proponga escribir su historia, mirar dichos artículos como abundante venero de información y como claro espejo donde todo se retrata sin pasión que lo perturbe y con la serenidad y brillantez que conviene.

En otra especie de escritos se ha distinguido también el Sr. Ortega Munilla, desplegando ricas galas de estilo y dejando ver un raro talento de observación en consorcio no menos raro con la riqueza de la fantasía. Me refiero á sus impresiones de viaje, á la amena y fácil narración de sucesos notables que ha presenciado, y á la descripción de grandes poblaciones, países diversos y campos por donde ha discurrido. Sus obras descriptivas de esta clase podrán leerse siempre con agrado. Tales son, por ejemplo, *Viajes de un cronista*, *Viñetas del Sardinero* y *Mares y montañas*. Las pin-

turas que hace de París, Berlín, Roma, Panticosa y no pocos lugares de las Provincias Vascongadas, son dignas, á mi ver, de no corta alabanza. Muy singularmente me creo yo obligado, como cordobés que soy, á darla aquí á la linda descripción de la feria de Córdoba, de su animación y bullicio, de la alegría y buena traza de los campesinos que á la feria acuden, y de la gracia y del donaire de las mujeres que la hermosean.

El Sr. Ortega Munilla es, por último, muy recomendable como autor de cuentos y de novelas. En sus narraciones fingidas aparece el mismo talento de observación que como escritor de viajes le distingue, unido á una dichosa fertilidad en la fantasía para crear caracteres, imaginar acciones ó argumentos interesantes, y presentarlo todo en estilo natural y fácil, aunque menos sobrio que abundante y florido.

Sus cuentos y novelas son muy *realistas*, casi *naturalistas* á veces; pero más se advierten en ellos reminiscencias y dejos de nuestros novelistas del siglo XVII, que la imitación de Zola y los de su escuela. Acaso en las novelas del Sr. Ortega Munilla, sin que pierdan por eso su condición castiza y radicalmente española, y sin que sus personajes dejen de ser parecidos á los hombres vivos de carne y hueso que en nuestra tierra se usan, se note el influjo de Balzac, y más aún el de Dickens, de Tackeray y de otros novelistas ingleses.

No soy yo muy aficionado á cierto ultra-sentimentalismo que en nuestra antigua literatura ha dejado poquísimas huellas, que no me parece muy conforme con nuestra índole nacional, y que tiene trazas de importación extranjera; pero me inclino á disculpar en el Sr. Ortega Munilla la abundante dosis que pone en algunas de sus narraciones, v. gr., en *La Viva y la Muerta*, de este que llamo yo ultra-sentimentalismo, porque en vez de emplearle en magnificar y santificar lazos, relaciones y amores viciosos, le emplea en anudar y estrechar más los vínculos de familia, fundamento de la moral sostenido por la religión y las leyes.

Severa y justa lección moral contiene su novela *La Cigarra*, sin que deje por eso de ser divertida é interesante.

En no pocos otros de sus cuentos y novelas no he de negar yo que advierto la propensión á exagerar la nota pesimista. Es impulso, punto menos que irresistible, que la moda, ó más bien cierta melancolía que va haciéndose endémica y está en el aire que respiramos, imprime en el día á á los ingenios. Se diría que nos complacemos más en pintar lo horrible que lo agradable, lo enfermo que lo sano, lo feo que lo hermoso, y lo descompuesto y sombrío más que lo esplendente y bien ordenado.

Cierto es que en todas las épocas, desde que apareció la poesía en el mundo, se advierte propensión semejante, pero nunca con tamaña intensidad y persistencia como ahora.

En la representación de los tormentos, de la aflicción y de los dolores, como se conocen mejor, cabe que pongan cuantos escriben mayor variedad que en la representación de la bienaventuranza y de todo contento. La mayor parte de cuantos leen *La Divina Comedia* se deleitan en el *Infierno*, y se aburren, bostezan ó se duermen en el *Paraíso*. La tragedia nos hechiza siempre, y no hay tragedia sin catástrofe y sin que el terror y la compasión nos conmuevan. ¿No tiene algo de extraño y aun de muy difícil de explicar este prurito de hacer de la compasión y del terror medio seguro y camino recto para llegar al deleite estético? El sabio de Estagira quiso explicarlo suponiendo que el fin de la poesía era la purificación de las mencionadas pasiones: lograr que lo que en realidad nos apesadumbra, muertes, estragos, martirios, crímenes y otros horrores, representado poéticamente sea manantial ó causa de placer y de hechizo. Para lograr este fin, sin duda importa la supresión de pormenores que en las novelas de hoy no se suprimen, supresión que en lo antiguo dejaba más despejado el cuadro para que apareciese en él, sin que las impurezas de lo real lo anublasen, lo sublime dinámico, que era lo que nos encantaba: la fuerza de voluntad en el mártir para sufrir las más tremendas penas, y la constancia y el brío con que lucha el héroe contra todos los poderes del cielo y del infierno, conjurados en daño suyo, alcanzando á veces la victoria. Prome-

teo, por ejemplo, nos encanta y nos admira de tal suerte con su entereza, con la virtud soberbia que aun resiste después de vencida, con su abnegación y con su amor á los hombres, que no nos contrista demasiado contemplar su suplicio, encadenado en el Cáucaso y despedazadas y devoradas sus entrañas. Nos consuela, además, la promesa de redención. Más allá de la catástrofe presente brilla la esperanza. El Hijo del cielo ha de venir á libertar al titán filántropo; á romper sus cadenas, á triunfar del tirano y á derogar los inicuos decretos del inexorable destino.

Con frecuencia, en lo trágico clásico y antiguo hay, más allá del mal representado, en amplio círculo que se extiende por el mundo de las ideas y cuyos radios se prolongan en el tiempo, un desenlace alto y dichoso.

De todo esto suele carecer la literatara moderna, por donde es más acerbo su pesimismo y á menudo es desesperado. La pintura minuciosa de angustias, miserias, flaquezas y enfermedades, le hacen más aflictivo. Cuando todo ello se atribuye á viciosa organización de la sociedad humana, brotan en el alma aspiraciones y sentimientos antisociales; y cuando se atribuye á flaqueza ó á maldad invencible, ó á hereditaria perversión de cada ser humano y de la suma de todos ellos, ó sea á determinismo ó fatalidad de la propia naturaleza, el entendimiento propende á la desesperación, y tal vez, ya que no la niegue, acusa con blasfema impiedad á la Providencia.

No me atrevo yo á censurar, ni censuro singularmente, al Sr. Ortega Munilla, porque se deje caer ó resbale en ocasiones por esta pendiente pesimista donde nos hallamos todos en el día. Yo mismo, en mis narraciones de sucesos imaginarios, aunque empecé con una muy de color de rosa, donde todo sale lo mejor que pudieran desear mis héroes, me dejé ir más tarde por el susodicho declive, y he puesto en otras narraciones media docena de suicidios y muchas muertes violentas, unas por hierro y fuego, y otras por desesperada y honda tristeza que rompe los corazones. Mi censura, pues, es para todos, y yo me incluyo en ella. Casi no

es censura; apenas es amonestación; es la mera manifestación del deseo de que mostremos más serenidad, más alegría, más confianza en el plan divino, y consoladoras y grandes esperanzas en el supremo desenlace y término de todos los casos.

Magnus ab integro sæclorum nascitur ordo.

Aspero y penoso es el camino que llevamos, pero no depende de la voluntad del hombre el seguir más llano camino, y es, además, peligroso atrevimiento echar por cualquier atajo. Sigamos, pues, por donde hemos ido siempre, sin murmurar en demasía de las fatigas y trabajos de la peregrinación, y esperando que, aun sin salir de nuestra morada terrestre, hemos de hallar al cabo toda la bienandanza compatible con nuestra condición limitada.

De todos modos, y sin encumbrarnos á tan altas filosofías, yo lamento que el Sr. Ortega Munilla haya gastado los colores de su paleta, su atinada perspicacia de observación y su raro talento descriptivo, en pintarnos, en *Panza al trote*, no una regocijada fiesta campestre, sino una horrible *danza macabra:* la pintura tristísima de los vicios, de las miserias y de cuantos males morales y físicos afligen al hombre que vive en el fondo cenagoso de la sociedad, tal como está hoy constituída. Es cierto que, en medio de aquel lodazal, crece, brilla y exhala su aroma una flor espiritual, bella y pura: el alma de Clara. Pero ¿cuánto no nos desazona el que la pobre Clara, poseedora de tan preciosa alma, sea tuerta y fea y enfermiza, y ande tan zarrapastrosa siempre? Y ¿cuánto más no nos apesadumbra ver que su abnegación, su amor delicado y purísimo, y otros tesoros de bondad que guarda ella en su seno, se empleen ó se malgasten en obsequio y favor de tan ingrato pelafustán y de tan desalmado tunante como es, sin duda, Alonso Ponzano?

En la novela, por otro lado interesantísima, cuyo título es *Cleopatra Pérez*, la vida, costumbres y carácter de las cortesanas de ahora están magistralmente retratados y cifrados en la protagonista Cleopatra y en su amiga Virginia, y hay

otros personajes con no menos verdad y tino tomados del natural, como, v. gr., Leticia, la tía avarienta, Celestina flamante y amplificación hábil de aquella otra tía que nos muestra en cifra Quevedo, llamándola

Aguila imperial
que asida de los escudos
en todas partes está.

Pero en *Cleopatra Pérez* la perversidad de algunos personajes traspasa los límites de lo cómico, aflige siempre, y casi nunca mueve á risa. En esta novela hay, á no dudarlo, una severa lección moral, como Moratín y otros críticos y preceptistas quieren que haya en los dramas y en los demás libros de pasatiempo. Ni Virginia ni Cleopatra aparecen amables ni dignas de piedad, de simpatía, de respeto y hasta de admiración, como la *Dama de las Camelias*, pongamos por caso. En la novela de que voy hablando, el autor va, á mi ver, más allá de lo justo y de lo conveniente en pintar á Cleopatra perversa. Mal se justifica que envíe á la Inclusa á su hijo, pudiendo tener la razonable esperanza de que el Duque le reconozca por suyo. Apenas, con todo, puede tildarse esto de inverosímil. Las mujeres de cierta clase, y aun toda clase de mujeres, son á veces poco razonables y muy caprichosas.

Lo que yo no apruebo en *Cleopatra Pérez* es que su lectura, en vez de ensanchar el corazón, le deprime. El personaje principal de la novela no es Cleopatra, sino Valentín, su hijo. Y éste, bueno en el fondo, educado cristiana y honradamente, cae, arrastrado por impulso irresistible, que nos parece fatal, en tal cúmulo de pecados y de vergonzosas acciones, que, lleno de horror y de odio contra su propia vida, acaba por darse la muerte.

Mitiga siempre la dureza y negrura de los cuadros que en sus novelas nos presenta el Sr. Ortega Munilla, la fervorosa caridad de su alma que involuntariamente y sin declamación aparece en todo, y el vivo deseo con que busca remedio á los males y defectos de la sociedad humana, y sueña y

procura la solución de los temerosos problemas planteados por el pensamiento filantrópico.

En sus cuentos, breves narraciones ó novelitas cortas, suele mostrar nuestro autor muy fértil inventiva, más alegre y desenfadado humor que en las novelas largas, y la misma propensión caritativa, moral y reformadora. *El Yegüerizo*, por ejemplo, le da ocasión para discurrir discretamente y con piadoso afecto sobre el descuido con que mira la sociedad la triste condición de los niños pobres, víctimas á menudo del abandono, de la miseria ó de la codicia de sus padres. En *Fifina*, por el contrario, condena con gracia la perversa educación que en el seno de la opulencia suele darse á las niñas, despojándolas de corazón y de entendimiento, y convirtiéndolas en maniquí para ostentar galas y colgar dijes. Y, por último, en *El espejuelo de la gloria* nos pinta con ingenio, agudeza de observación y notable arte para ser conciso y claro, las funestas consecuencias que puede tener la alucinación de prestar extraordinarias aptitudes artísticas ó literarias á niños ó á jóvenes que de ellas carecen, y á quienes engañan, extravian y pierden el ciego cariño de los padres y próximos deudos, y la cortesía ó la adulación de los extraños.

De la vena abundantísima que tiene nuestro nuevo académico para dichas breves narraciones, han salido otras muchas, de las que me sería difícil dar cuenta aquí sin exponerme á fatigaros.

Terminaré, pues, citando sólo otros cuentos que el amor de la patria, muy ardiente en el alma del Sr. Ortega Munilla, inspira, anima y hermosea. En estos cuentos además noto yo una combinación dichosa de dos afectos, en cierto modo contrarios, que procuran ponerse en armonía, aumentando así la belleza del cuadro y poniendo en él más pura significación moral y más alto sentido. Sobre el furor y el odio contra la dominación extranjera y contra los franceses invasores, que aparecen con rasgos tan enérgicos en *El intruso de caza*, y sobre todo en *El Padre Siset*, donde contemplamos los horrores del sitio de Gerona, se ponen, suavizando el conjunto la piedad humana, los sentimientos de fraterni-

dad y el amor á nuestro linaje, sin exclusiva distinción de tribus, lenguas y razas.

Lástima es, en suma, que el Sr. Ortega Munilla, harto afanado ahora con tareas políticas, no cultive con mayor asiduidad el cuento y la novela, para los que posee tan raras y felices dotes.

Su capacidad para la crítica literaria, que ya he celebrado, se muestra más aún en el discreto y bien razonado discurso que acabáis de oir, donde el egregio poeta D. Ramón de Campoamor, que fué nuestro excelente compañero, es alabado y estimado con tanto tino y habilidad como justicia. ¿Qué podré yo añadir aquí para complemento y corona de tan bien concertadas alabanzas?

No se puede negar que hay en los versos de Campoamor un singular y pasmoso atractivo, por cuya virtud es el más popular de nuestros poetas desde hace más de cincuenta años, del que se guardan en la memoria más composiciones, y del que recitan con entusiasmo largos trozos las mujeres de toda clase,

Desde la Princesa altiva
á la que pesca en ruin barca.

El Sr. Ortega Munilla ha explicado bien esta inmensa popularidad, esta predilección de que goza el poeta sobre todos los otros poetas sus contemporáneos; pero lo ha explicado, permítaseme que me atreva á decirlo, con una muy hábil crítica de lo exotérico, y sin penetrar en cierto misterioso esoterismo que debe de haber en las composiciones poéticas del vate asturiano, informándolas y dotándolas de invencible hechizo. El Sr. Ortega Munilla apenas toca este punto, sobrado obscuro y hondo para que se llegue hasta él sin preparación y sin intrincados estudios que ni en cifra caben en un breve discurso, requiriendo un grueso volumen para poder exponerlos, dados la capacidad conveniente y el vagar y el reposo que exigen.

No seré yo tampoco quien trate aquí de esto, completando lo que en el discurso del nuevo académico apenas se indica, ya que no se eche de menos.

Cuenta el bueno de Plutarco que Aristóteles puso en ciertos libros suyos, quizá en los de Metafísica, algo de aquellas enseñanzas que llamaban *acroamáticas* ó *epópticas*, y de las que sólo debían enterarse los iniciados. Y añade que cuando lo supo Alejandro, que había ya volcado en el polvo el trono de Darío, vengado á los griegos muertos en las Termópilas, en Maratón y en Salamina, y conquistado el más grande imperio del mundo, se enojó muchísimo y escribió á su maestro, no sabemos si desde Babilonia ó desde Persépolis, una carta reprendiéndole por su imprudente carencia de sigilo, pues no está bien que el vulgo entienda de cosas que traen mucho peligro, sin la madurez de juicio que para entenderlas se requiere. Dice además Plutarco que el maestro, á fin de disculparse, contestó al hijo de Filipo que nada había revelado, porque aludía siempre á la doctrina misteriosa, sin llegar á exponerla con toda claridad para el vulgo, aunque clarísimamente para los ya iluminados y apercibidos.

Suficientes razones son las antedichas para justificar que yo también me retraiga y me inhiba de tratar aquí de la Metafísica de Campoamor. No faltaría Alejandro, proporcionado á mi pequeñez, que me reprendiese con aspereza si hiciera yo lo contrario. La extensión, además, que tendría que tomar este discurso sería tan enorme, que aburriría ferozmente á mi auditorio, lo que Dios no permita. Limitémonos, pues, á declarar aquí, sin exponerla y juzgarla metódicamente, que Campoamor tiene una Metafísica, una filosofía fundamental y primera, encerrada en libros cuyos títulos son *Lo absoluto*, *El personalismo* y *El ideísmo;* y esta filosofía, no sólo sirve de base á su moral, á sus ideas políticas, á su estética y á su arte poética, sino que penetra en sus poemas grandes y pequeños, en sus doloras y en sus humoradas, é infunde en todo ello inmortal y poderoso espíritu de vida.

¿Cuánto no me holgaría yo si acertase á desentrañar y á mostrar bien al público lo que se esconde, v. gr., en *El drama universal* ó en *El licenciado Torralba?* Jactaríame yo

entonces de seguir y de ser capaz de seguir los consejos y amonestaciones del Dante, cuando dice á los que tienen sanos entendimientos, *gli intelletti sani*, que busquen, estudien y mediten la doctrina oculta

Sotto il velame degli versi strani.

Desdichadamente, recelo yo que me ocurra con los mencionados poemas, así como con los libros filosóficos escritos en prosa por Campoamor, percance parecido al de la mona con la nuez verde. Y digo parecido y no idéntico, porque para gustar la interior sustancia nutritiva no hay cáscara amarga que morder primero, sino tupido envoltorio de chistes, agudezas, paradojas sutiles y desdeñosos desenfados, que marean y aturden á par que deleitan, y que nos mueven á exclamar que, aun suponiendo que Campoamor no sea un muy profundo filósofo, es fuerza reconocer que es el más divertido, amable, bondadoso y original de todos los humoristas.

Pero ¿por qué no ha de ser también un gran filósofo? ¿Por qué con la debida seriedad, método y tino, no hemos de dar cuenta de su sistema, juzgándolo y ponderándolo todo? La incredulidad y el desdén están, en esta ocasión, poco fundados, lo cual se nota mejor cuando pensamos en la admiración idólatra que nos inspiran multitud de filósofos extranjeros. ¿Por qué han de ser más atinadas y sublimes filosofías que las de Campoamor las de Schopenhauer ó Nietzche, pongamos por caso? A mi ver, no hay otro motivo para esto que el que hay para que una figurilla diminuta, pintada en el vidrio, ó un gusarapo ó un microbio, se nos muestren, gracias á la linterna mágica ó á otro instrumento parecido, mayores que descomunal gigante ó colosal megalosauro, cuando los vemos en el círculo luminoso que se proyecta en el distante muro. Yo presumo, y aun tengo por evidente, el asombro de no pocos juiciosos alemanes cuando les devolvemos, magnificados por nuestra fantasía, los nombres de algunos de sus compatriotas, en cuya glorificación

emplea la fama la susodicha linterna con mejor éxito que la trompa.

Desde luego es lícito afirmar que sin imitación, sino por venturosa coincidencia, colabora Campoamor con el sabio italiano Vicente Gioberti en el descrédito y en la demolición del orgulloso monumento de la novísima filosofía, cuyo cimiento echó Descartes, cuyo piso bajo acabó de construir Condillac y en cuya más empinada acrotera brilla la estatua de Hegel. Así contribuyó á despejar y allanar el terreno donde había de resurgir la antigua escolástica del gran Doctor de Aquino, ampliada y adaptada á lo que requiere y exige nuestro siglo.

Pero veo que voy faltando á mi propósito y empezando á tratar de la filosofía de Campoamor. Me arrepiento de ello y me arredro. Baste indicar aquí que Campoamor desdeña, como Gioberti, el método psicológico y construye atrevidamente su ontología, fundándola sobre verdades y principios evidentes en su sentir, é inconcusos. De ellos deriva luego, con severa dialéctica y por encadenada serie de teoremas, que él compara á la de los geómetras, todo lo que se sabe y merece llamarse ciencia, siendo lo demás, si se prescinde de esta Metafísica suya, un miserable y ruin centón de hechos, avisos y recetas. Porque hay una Idea que comprende las ideas todas, y una maravillosa Unidad de donde proceden y por quien son y por quien traen y guardan el orden y concierto que les incumbe, cuantas cosas materiales y espirituales llenan y hermosean el universo. De aquí que sólo cuando alcanza á percibir dicha Idea y á ver en cierto modo dicha Unidad, y, como si dijéramos, á tocarla, puede la mente de un privilegiado mortal aprender y enseñar la metafísica verdadera y saber el por qué y el cómo de lo existente y de lo posible y la trabazón armoniosa con que se enlazan cuanto es y cuanto puede ser, creando espléndida variedad en el seno de esa Unidad misma.

Lo que va expuesto, sin embargo, no se logra por inducción ó por análisis. Así lo cree Campoamor, y desechando el método analítico, se atiene al sintético y deductivo. Pero

acaso, y aquí entran mis dudas, ¿llega alguien con la inteligencia á esa idea, á esa unidad primordial, desde cuya altura se descubre, se otea y se comprende todo? ¿No es más propio de nuestra naturaleza finita, más capaz de encumbrarse por la fe, por el deseo y por la voluntad, que por la razón, el alcanzar tanta ventura, dado que se alcance, por un prodigioso y valiente rapto de amor? Si así es, harto menoscabada queda la metafísica, ya que no será transmisible, y apenas será inteligible sino para quien ame.

Discretamente dijo el gran dramaturgo:

A ciencias de voluntad
les hace el estudio agravio,
pues Amor para ser sabio
no va á la Universidad.

Encomendémonos, pues, al Amor, si anhelamos sabiduría. Por él conseguiremos la iniciación en los misterios hasta subir al tercer grado. Desde las tinieblas profundas en que vivimos, dirijámosle aquella hermosa plegaria de otro egregio poeta:

Aclara, rompe el tenebroso arcano;
danos tu luz por guía;
vierte en la noche el fúlgido Oceano
de tu perpetuo día.

Indudablemente, el Amor más que la fría reflexión dialéctica, fué el maestro de nuestro vate. El le enseñó, no sólo su metafísica, de la que ya dije, y repito, que no debo tratar aquí, sino también el secreto hechizo que derrama en sus versos, y con el que los sazona y consigue que agraden tanto á las mujeres.

Campoamor es optimista, alegre y risueño, de puro enamorado. Es cierto que no hace caso omiso en sus composiciones, ni del mal, ni del padecimiento, ni de la culpa; pero lo dulcifica todo por ministerio y obra del Amor, el cual vence al dolor y le somete y le afemina, convirtiéndole en *dolora* y haciendo así más deseable que temible á esta su vencida consorte.

Aunque parezca símil innoble, por estar tomado del arte de confitería, diré que lo agrio, lo amargo y lo punzante, suele volverse dulce y sabroso en los versos de Campoamor, como la menta en las pastillas ó bombones que llaman *diabolines*, ó como el picante jengibre, con el que en Inglaterra se condimentan confites tan estomacales.

Verdad es que en muchos versos y sentencias de Campoamor, sobre todo en lo escrito por él en sus mocedades, como en *Ternezas y flores* y *Ayes del alma*, la nota pesimista tiene, ó parece tener, gran resonancia y brío; pero esto consiste, á lo que yo presumo, en que, siendo aquella la época del romanticismo, lo tétrico y quejumbroso se consideraba indispensable para estar de moda. Campoamor, además, muy joven entonces, ni concebía ni sentía la pasión amorosa por estilo tan etéreo y sin mácula, como más tarde, cuando ya viejo. De aquí que, como persona piadosísima, se arrepintiese de sus extravíos y pecados, hablase del Juicio final y de la cólera divina, y exagerase los dejos amargos con que acibaran y envenenan el corazón ciertos deleites y triunfos.

La verdad es, sin embargo, que cuando el poeta se jacta ó recuerda la victoria ó la dicha, lograda por él ó por algún héroe de su invención , es, en mi sentir, mil y mil veces más elocuente y fervoroso que cuando deplora sus faltas y se inclina á la penitencia. Hay en todo ello una muy brava contienda entre el alma y el cuerpo, el espíritu y la carne, que no deja de ser conmovedora.

Lo antedicho se nota más, sin duda, antes de que los años refrenasen violencias y mitigasen ardores; antes de que pasase la moda del romanticismo, y antes de que el poeta inventase su oculta y preciosa metafísica, primero sedativa, y beatificante después. Hallada la tal metafísica, dominada la rebelión y apaciguado el tumulto de los sentidos, la melancolía del poeta se pone muy suave y almibarada, y sus tristezas apenas son tristezas. Aun en los tiempos en que la interna guerra ardía más, los versos amorosos de Campoamor tienen cierto parecido con el rosal que había junto al sepulcro de Tristán y de Iseo. Los prestes le exorcizaban y le quema-

ban, pero el rosal retoñaba con mayor lozanía, volviendo á cubrirse de verde follaje y de purpúreas y odorantes rosas.

¿Qué florecimiento más hermoso y más grato á las mujeres de gusto puro y delicado no habría después en este rosal, cuando Campoamor, cultivándole siempre con esmero, le podó las ramas viciosas y le hizo digno de que se complaciese y deleitase en él la propia Venus Urania?

Yo no puedo tocar aquí sino muy ligeramente este asunto, que exige un grueso volumen para ser bien tratado. Si fuera lícito comparar lo grande con lo pequeño, y lo sagrado con lo profano, me atrevería yo á sostener que, así como San Juan de la Cruz, comentando sus *Canciones*, compuso una maravillosa Teología mística, un hombre de alto y agudo ingenio, comentando hoy los versos amorosos de Campoamor, podría componer la *Erotosofía* más refinada del mundo, y añadir no poco á lo expuesto ya por Platón en el *Banquete*, por León Hebreo en los *Diálogos*, por Baltasar Castiglione en *El Cortesano*, y por Cristóbal Fonseca en aquel famoso libro que, según dice Cervantes, hincha las medidas, y *en el que se cifra todo lo que* (hasta entonces) *el más ingenioso acertare á desear en tal materia.*

En mi fundada modestia, no sintiéndome yo capaz de empresa tan ardua, y receloso también de fatigaros, doy aquí término á este desaliñado discurso, afirmando, para su conclusión, que Campoamor, fuese ó no fuese notable filósofo, fué grande, fecundo, original y muy delicioso poeta, y que demostró con evidencia, al serlo, la verdad de aquella sentencia de Estrabón, reproducida y aplicada luego al orador por Quintiliano: *No es posible ser buen poeta sin ser antes varón bueno.* Amabilísimo, bondadoso y excelente por todos estilos fué Campoamor, y á estas prendas morales, sin rebajar por eso las de su inteligencia y las de su imaginación, que eran muy ricas, debe el ilustre vate la popularidad de que goza y el persistente aplauso que damos á sus escritos.

Campoamor y Campoosorio, Ramón de 319007
Author Ortega Munilla, José LS
Title Ramón de Campoamor y Campoosorio. C198
.Yo

University of To
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Po
LOWE-MARTIN CO. L